

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE y MÉLAN.

1872. — Tomo XXXIX.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en París.

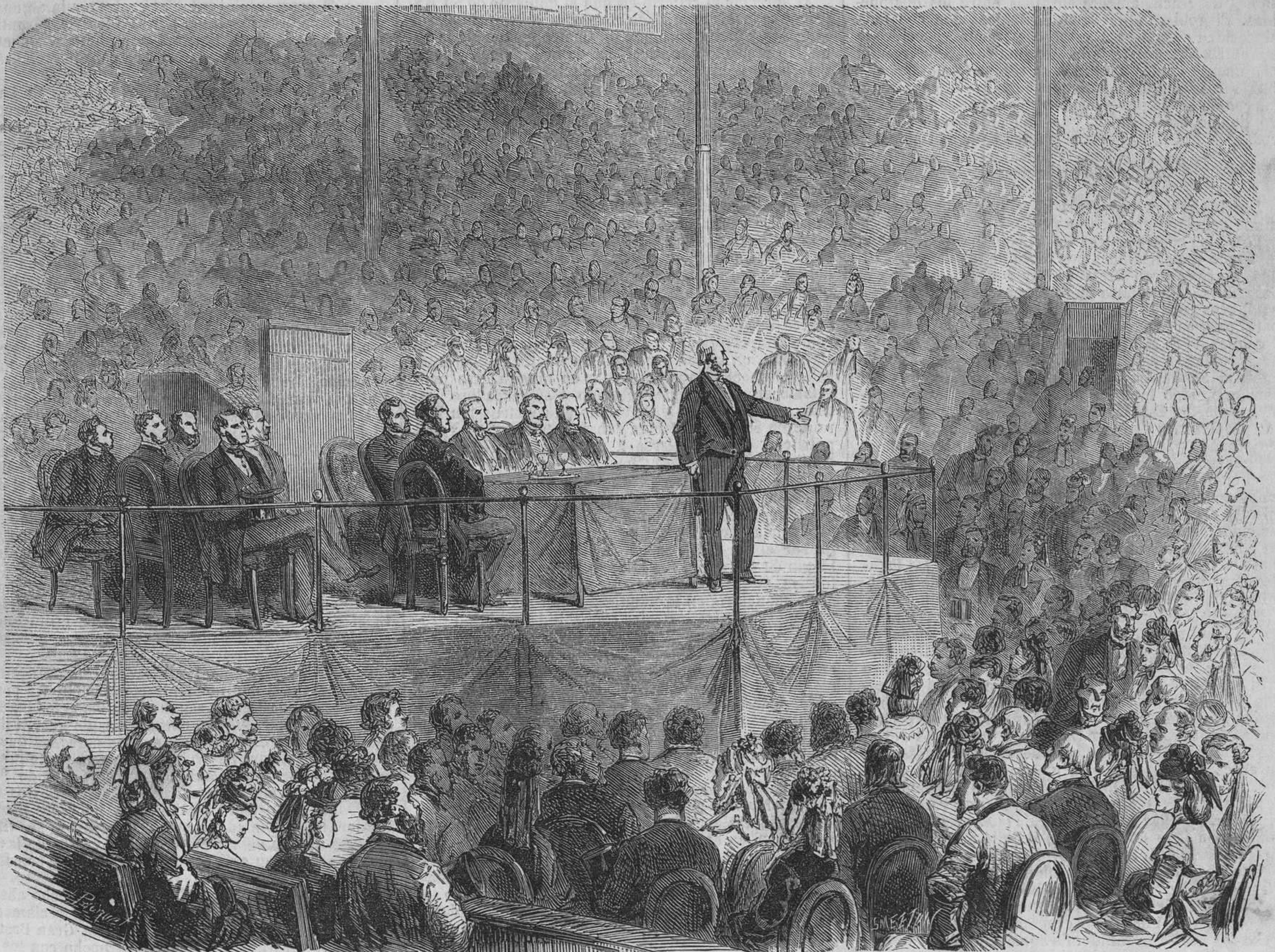
AÑO 31. — N° 1,001.

SUMARIO.

La suscripción nacional en Francia; grabado. — Cuestion

del «Alabama»; Memorandum de Inglaterra. — Poesía. — El Japon; grabados. — Revista de París. — Apuntes históricos. — El lord corregidor de Londres en París; grabado. — Francia pintoresca; grabado. — París pintores-

co; grabado. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — Trajes del canton de Berna; grabados. — ¿Qué hará de ello? — El Banco de Francia; grabado.



LA SUSCRICION NACIONAL EN FRANCIA. — Reunion en el Circo de los Campos Eliseos, el 25 de febrero de 1872. (Véase la *Revista de Paris* del número 1,000).

Cuestion del *Alabama*.

MEMORANDUM DE INGLATERRA.

(Conclusion. — Véase el número 1,000.)

Las circunstancias en que los cuatro salieron respectivamente de los puertos ingleses y fueron á manos de los confederados, así como la clase de consideraciones que el tribunal está llamado á aplicarles á cada uno de ellos respectivamente, presentan, como se verá despues, diferencias esenciales. Como quiera que sea, el gobierno de S. M. británica sostiene que no ha faltado á sus obligaciones internacionales respecto á ninguno de esos buques; de modo que resultará la Gran Bretaña legitimamente obligada á ofrecer una reparacion á los Estados Unidos por los actos cometidos por ellos ó por las personas en poder de las cuales se encontraban respectivamente, fuera de la jurisdiccion de la corona británica.

Para guiar al tribunal en sus trabajos sobre las cuestiones que le están sometidas se han establecido tres reglas que por convenio recíproco de los dos gobiernos deberán ser consideradas como aplicables en esta materia, y observadas en sus relaciones mútuas en el porvenir por la Gran Bretaña y por los Estados Unidos. Esas reglas tienen por objeto definir ciertas obligaciones específicas que incumben á las potencias neutrales en tiempo de guerra. El tribunal deberá guiarse conforme á esas reglas y segun los principios del derecho de gentes, que, sin ser contrarios á aquellas, sean determinados por el tribunal.

El gobierno de S. M. británica se niega á reconocer esas reglas como expresion del derecho de gentes vigente en la época en que se produjeron las reclamaciones sometidas hoy al arbitraje; pero el gobierno de S. M. británica y el de los Estados Unidos están conformes los dos en considerarlas bajo el criterio y la intencion de que no estarán en contradiccion con los principios generales del sistema por el cual esas dos potencias se consideran igualmente obligadas, que ambas á dos desean poner al abrigo de todo agravio como cosa sagrada é inviolable, y al imperio del cual ninguna de las dos quiere sustraer las cuestiones desgraciadamente surgidas entre los dos pueblos. El gobierno de S. M. británica, que con toda sinceridad acepta esas reglas del modo especificado en el art. VI del tratado, presumirá (segun resulta claramente de los términos de este artículo) que deben ser interpretadas refiriéndolas y uniéndolas al cuerpo de las reglas y usos internacionales desde largo tiempo establecidas, que han sido y son todavia comunes á la Gran Bretaña y á los Estados Unidos.

RESÚMEN DE LOS HECHOS.

Los hechos ya expuestos al tribunal pueden resumirse del siguiente modo:

Entre los cuatro únicos buques que hasta ahora han motivado reclamaciones por parte de los Estados Unidos contra la Gran Bretaña, hay dos, la *Georgia* y el *Shenandoah*, que nunca fueron preparados, armados ó equipados para la guerra ó especialmente adaptados para los usos beligerantes dentro de los límites de los dominios de S. M. Recibieron la construccion y equipo apropiados para los buques mercantes. Uno de ellos, el *Shenandoah*, no solo fué construido para el comercio, sino tambien empleado, antes que el gobierno de los Estados Unidos del Sur lo comprara á sus propietarios comerciantes, en los usos mercantiles; cuando partió de la Gran Bretaña y pasó á poder del gobierno de los Estados Unidos confederados, la condicion y equipo de ese buque presentaban, bajo todos conceptos y en cuanto se pudo reconocer, los mismos caracteres esenciales que cuando servia para las empresas mercantiles. Los testimonios que obran en poder del gobierno de S. M. prueban que ese buque fué vendido y trasferido al gobierno de los Estados confederados despues de haber salido de los dominios de Su Majestad.

Ni un solo informe, de cualquier género, referente á esos dos buques, fué transmitido al gobierno de Su Majestad británica por el ministro ó los agentes consulares de los Estados Unidos; ni un solo hecho llegó á su conocimiento antes que uno y otro hubieran salido de los dominios de S. M. El gobierno de S. M. británica no tenia ningun motivo para creer ó sospechar que se tratase de entregarles uno ú otro, ó los dos al gobierno de los Estados confederados, ó emplearlos en cruceros ó en hacer la guerra á los Estados Unidos. Si el ministro ó los cónsules de los Estados Unidos hubieran tenido, por su parte, alguna razon para creer ó sospechar la existencia de tales propósitos, no hubieran dejado de dar parte de ella al gobierno de Su Majestad británica.

En cuanto á los otros dos buques, el *Alabama* y la *Florida*, si su construccion los hacia á propósito para el servicio beligerante, no estaban, sin embargo, armados para la guerra en el momento de abandonar las aguas del Reino Unido. En aquella época no tenian el menor armamento, de cualquier clase que fuese, y no lo recibieron hasta llegar á parajes muy distantes

de la Gran Bretaña y fuera de la jurisdiccion del gobierno de Su Majestad.

En cuanto se refiere á uno, la *Florida*, ningun informe, fundado en pruebas que establecieran ó trataran de establecer que estuviese destinada á hacer cruceros ó la guerra á los Estados Unidos, fué transmitido ni llegó al gobierno de S. M. británica antes que dicho buque hubiera salido del Reino Unido.

En la primera colonia adonde abordó lo embargaron por orden del gobernador, pero tuvieron que darle libertad, á falta de pruebas, por decreto de un tribunal de jurisdiccion competente.

Antes de emprender ninguna operacion de guerra la *Florida*, entró en un puerto confederado, pasó allí mas de cuatro meses, y en aquel puerto reclutó y embarcó su tripulacion, se puso en estado de dedicarse á los cruceros y fué expedido con este objeto.

Únicamente en el caso del *Alabama* fueron comunicadas al gobierno de S. M. británica antes de la partida del buque pruebas admisibles encaminadas á establecer la existencia de un propósito ilegal. Esas pruebas fueron aducidas por fragmentos y en corto número; el último de estos fragmentos no fué presentado hasta cuatro dias antes de la partida del buque. Este salió al mar sin cumplir con las formalidades de registro y permiso so pretexto de una excursion de ensayo que duraria poco. En la VI parte de esta Memoria se ha visto que la exposicion de las circunstancias en las cuales se recibieron las delaciones relativas á ese buque, delaciones remitidas á los consejeros legales del gobierno, y que fueron objeto por parte de ellos de exámen á informe.

Todas las noticias suministradas por el señor Adams al gobierno de S. M. en el asunto del *Alabama*, así como tambien en los de los otros tres buques referidos, fueron transmitidas con toda la diligencia posible por el secretario de Estado encargado de los asuntos extranjeros á los departamentos competentes del gobierno, para que dieran lugar á una informacion á fin de adoptar inmediatamente, si el caso lo exigia, las medidas convenientes para la aplicacion regular de la ley. Conforme á estas prescripciones se instituyó una informacion con motivo de cada comunicado. En el caso del *Georgia* y del *Shenandoah* no pudo tener consecüencia porque estos buques habian salido ya de los dominios de Su Majestad. Respecto á la *Florida*; no se obtuvo ni se pudo obtener ninguna prueba de propósito ilegal mientras se encontró dentro de los límites del Reino Unido. El *Alabama* salió á la mar antes de que se hubiera dado la orden de embargo.

Al apreciar el criterio en que el gobierno de Su Majestad se inspiró para determinar la suficiencia de los informes y testimonios que de tiempo en tiempo le sometian respecto á infracciones de la ley por la construccion y equipo de buques de guerra al servicio de los Estados confederados, hay un hecho que no se debe perder de vista ni por un instante. No solo el comercio de la construccion naval es una industria grande é importante; el gobierno de S. M. no estaba obligado por ningun pacto internacional á imponerle restricciones no sancionadas por la ley, no pudiendo tampoco ejercer sobre ella una inspeccion arbitraria; sino que debe recordarse además que las principales casas de constructores marítimos en la Gran Bretaña estaban hacia tiempo acostumbradas á concluir contratos con gobiernos extranjeros de todos los países del globo para la construccion, equipo y venta de buques de guerra: la negociacion de esos contratos era un asunto privado incluido en su comercio ordinario acerca del cual nada podia inquirir el gobierno, así como tampoco podia inmiscuirse en ella. Si, por consiguiente, un buque presentaba carácter beligerante, este solo hecho no podia bastar en ningun caso para establecer presunciones respecto á su verdadero destino, aun cuando hubiera estado en construccion durante un estado de guerra subsistente entre tal y cual potencia, sin extenderse á las demás naciones que continuasen pacíficas.

Los documentos relativos á los arietes acorazados de Liverpool esparcen mucha luz sobre las dificultades inherentes á semejante estado de cosas, y que se producirian tantas veces cuantas era necesario para probar el fin real con que habia sido construido un buque de esa clase. Esas dificultades obligaron en definitiva al gobierno de S. M. á gastar una crecida suma monetaria en la adquisicion de los arietes, antes de aceptar las inciertas probabilidades de un proceso.

Los cuatro buques mencionados fueron procurados en los puertos ó comprados á los propietarios ingleses por personas que constituian *de facto* el gobierno de los Estados confederados, por medio de sus agentes. Pasaron á poder y dominio de ese gobierno. Convertidos en propiedad suya fueron unos y otros armados para la guerra y recibieron la patente de buques beligerantes por orden de ese mismo gobierno. Sus comandantes y sus oficiales eran ciudadanos americanos provistos de su patente para el servicio marítimo.

Sus tripulaciones fueron reclutadas ó bien en alta mar ó bien en otra parte, siempre fuera de la jurisdiccion del gobierno de S. M.; la del *Florida* lo fué en un puerto confederado. Componianse en parte de súbditos ingleses que, lejos de Inglaterra, habian sido seducidos por los oficiales americanos por medio de la persuacion ú ofreciéndoles un salario. Unas veces obtuvo buen éxito esta captacion de los oficiales americanos con los marineros ingleses, y otras veces fracasó. Pero esas tripulaciones contenian además conside-

rable número de americanos y otros procedentes de las capturas efectuadas en buques americanos. Se debe añadir, sin embargo, que en el caso de que cierto número de marineros que en Melbourne abandonaron el *Shenandoah*, se alegó que habian recurrido á amenazas y malos tratamientos para obligarlos á formar parte de la tripulacion.

Armados para la guerra esos buques fueron recibidos como buques de guerra en los puertos de la Gran Bretaña, lo mismo que en los de los demás países neutrales donde se presentaron, permitiéndoseles reparar sus averias y comprar viveres bajo las mismas condiciones que se permitió á los buques de los Estados Unidos, sin parcialidad ni favor, y se tomaron muchas precauciones para evitar en las aguas inglesas toda renovacion ó aumento de las fuerzas militares.

No aparece que el gobierno de los Estados Unidos haya hecho ningun esfuerzo serio para interceptar ó capturar ni uno solo de esos buques durante el curso de sus respectivos cruceros; ahora bien, es muy probable que las pérdidas que causaron se hubieran evitado en gran parte si ese gobierno y sus oficiales hubieran empleado con ese objeto una actividad y diligencia razonables.

Durante la guerra, la conducta del gobierno de S. M. británica estuvo guiada por un respeto escrupuloso á las obligaciones de la neutralidad, y por un sincero deseo de cumplirlas; esto resulta claramente de los hechos enunciados relativamente á los cuatro referidos buques y de los que quedan expuestos al comienzo de esta Memoria.

CONCLUSION.

El gobierno de S. M. británica, con objeto de ilustrar á los árbitros, ha expuesto los hechos culminantes que creia esenciales para obtener una justa adjudicacion á las reclamaciones formuladas por los Estados Unidos. En esta exposicion, el gobierno de S. M. ha tenido que luchar con inevitable desventaja; se ha visto obligado á responder á un informe que aun no se ha presentado. Cuando lo haya sido, y los Estados Unidos hayan precisado claramente sus reclamaciones, el gobierno de S. M. ejecutará el derecho que le concede el art. 4º del tratado para someter al tribunal toda relacion de hechos, adicional ó mas detallada, segun lo exigieran las circunstancias. Esperando que de la confrontacion de ambas Memorias resulten completamente aclarados los puntos que en la actualidad son objeto de litigio entre los dos gobiernos, se abstiene de promover ni entablar controversia alguna que pudiera creerse inspirada por la idea de garantizar su posicion, y solo se limitará por ahora á someter á la apreciacion del tribunal las consideraciones siguientes:

La adquisicion en los puertos ingleses de buques destinados á usos de guerra y empleados de cruceros beligerantes contra los Estados Unidos (entonces que la Gran Bretaña permanecia neutral), fué causa de verdadero disgusto y pesar para el gobierno de S. M. británica. Este disgusto subsiste á pesar de los hechos ulteriores, cuya importancia nadie desconoce, para llegar á formarse una idea justa de la cuestion. Los buques fueron adquiridos por medios artificiosos y clandestinos, burlando la vigilancia de los empleados del gobierno. Ni uno solo entre ellos llevaba armamento de ninguna clase, algunos estaban construidos como buques mercantes, sin que de ningun modo pudiesen considerarse aplicables á usos de guerra (siendo además pocos en número). Y, por último, las personas que los adquirieron y obtuvieron las patentes de registro y los dedicaron á la guerra (así lo ha reconocido constantemente el gobierno de los Estados Unidos), eran ciudadanos americanos.

Estas circunstancias deben llamar poderosamente la atencion de todo hombre imparcial acerca de la cuestion relativa á la responsabilidad del gobierno neutral. Tambien es cierto que estos mismos actos (que si hubieran sido cometidos por el gobierno neutral ó hechos con su asentimiento, eran de tal naturaleza, que por sí bastaban á comprometer su neutralidad), debian propender inevitablemente á producir una perturbacion en sus relaciones con los beligerantes á quienes perjudicaban.

Así es, que el gobierno de S. M. británica no ha vacilado en atestiguar franca y abiertamente su disgusto al de los Estados Unidos, y así permitió que se consignara en el tratado concluido entre ambas potencias.

Pero el gobierno de los Estados Unidos pretende tener derecho á una indemnizacion pecuniaria por las reclamaciones nacidas, segun él, de los actos de estos buques, es decir, por las operaciones de guerra llevadas á cabo con estos buques por las personas que entonces los poseian. Es evidente que semejante pretension es de tal naturaleza, que el gobierno de S. M. británica, por mas que se halle animado de los mas benévulos y amistosos sentimientos hácia los Estados Unidos, no podria admitir dicha pretension en virtud del respeto que debe á sus derechos y á los de las naciones neutras en general, puesto que no la considera fundada con justicia.

Lo que se pretende reclamar es de derecho absoluto y no se puede hacer valer semejante reclamacion mas que justificando claramente que la Gran Bretaña ha violado un tratado internacional hecho con los Estados Unidos, y demostrando además que de esta violacion ha resultado un perjuicio apreciable y directo

á los Estados Unidos, por cuyo motivo la Gran Bretaña le debería en justicia una indemnización pecuniaria. Al gobierno americano por lo tanto es á quien incumbe establecer y justificar las proposiciones que adelanta; precisar claramente el deber ó los deberes internacionales en los cuales se funda, y demostrar que ha existido la violación de neutralidad de la cual se queja.

Acusar á un gobierno soberano de haber dado pruebas de negligencia perjudicial en el ejercicio de uno de los poderes de la soberanía, es imputación que debe estar apoyada en sólidas razones.

Un gobierno soberano, por el mero hecho de serlo, reivindica el derecho de ser independiente y estar á cubierto de la inspección, vigilancia é inmision extranjera en la esfera de sus poderes, y debe siempre presumirse, por regla general, que los ejerce de buena fe, con la debida diligencia, y que la administración de sus leyes es ordenada y equitativa mientras que no se tenga pruebas de ello en contrario: presunción sin la cual la paz y las buenas relaciones no podrían existir entre las potencias.

No basta indicar y demostrar que un gobierno, al establecer su criterio sobre una cuestión de hecho ó de derecho, usando de los medios de que dispone para ilustrarse, ha formado, tomando por norma su conducta, una opinión que rechazaría otro gobierno. Ni basta tampoco que se demuestre que adolece de error el juicio pronunciado por tribunal competente que ha determinado los actos del ejecutivo. Un acto administrativo, fundado en un error ó en el juicio erróneo de un tribunal, puede ciertamente, en muchas circunstancias, dar lugar á una demanda de compensación en provecho de la persona ó del gobierno lesionados por el acto ó el juicio referidos. Pero la acusación de negligencia en el cumplimiento de sus deberes, lanzada contra un gobierno, no podría fundarse en las mismas bases.

No basta, no, indicar ni demostrar que un funcionario en la ejecución de sus deberes administrativos ha dejado algo que desear por su falta de criterio ó de penetración, ó bien que no ha ido más allá de los límites marcados al debido celo y diligencia que su cargo exige. Fundar sobre esta base exclusiva una demanda de reparación, como si se tratase de la infracción de una obligación internacional, sería exigir en las cuestiones internacionales una perfección administrativa, la cual pocos ó ningunos gobiernos conseguirían realizar, ó por lo menos no esperarían obtener razonablemente en sus asuntos interiores; sería exigir una regla de aplicación imposible y por consecuencia injusta y falsa; sería, en fin, dar ocasión á que se formularan incesantes y exageradas quejas y reclamaciones que harían intolerable la posición del país neutral. Por otra parte, una nación no puede considerarse responsable por un retardo ú omisión que fuese debido á un simple accidente, no á una falta de previsión ó de razonable celo. No basta demostrar, por último, que se ha verificado un acto que el gobierno tenía el deber de precaver á toda costa. Lo que es preciso establecer y probar es que ha sido en lo que se ha faltado para prevenir un acto que el gobierno estaba en la obligación de precaver, y cuál sea la medida del cuidado que los gobiernos acostumbra á emplear, en lo concerniente á sus asuntos interiores y la que razonablemente debe exigirse en los que correspondan á intereses y á deberes internacionales. Estas consideraciones crecen en importancia y adquieren doble fuerza cuando se aplican á naciones que gozan del beneficio y bienestar que producen instituciones libres á cuyo amparo el gobierno, obligado á obedecer las leyes, no podría eludir su cumplimiento.

Si el tribunal decidiera que la Gran Bretaña había contraído alguna responsabilidad con los Estados Unidos, surgiría entonces la cuestión de determinar cuál había de ser la justa medida y la extensión de esa misma responsabilidad. El gobierno de S. M. británica se abstiene por ahora de abordar esta cuestión, y reserva para un período más adelantado de la discusión las observaciones todas que sobre este punto podrían exponerse por parte de la Gran Bretaña.

Baste aquí hacer constar que cuando una nación beligerante pretende ser indemnizada á expensas de otra neutral de las pérdidas impuestas ú ocasionadas por una de las operaciones ordinarias de la guerra, bajo el pretexto de que habían sido secundadas ó facilitadas por la negligencia ó descuido del gobierno neutro, formula una reclamación de tal naturaleza que puede suscitar graves consideraciones, y por lo tanto debe ser pesada y madurada con sumo cuidado.

Las pérdidas de que semejante negligencia es causa inmediata y próxima (puesto que únicamente á las de esta clase sería á las que en justicia se les podría imponer la indemnización) no son por lo general fáciles de deslindar de otras que tienen diverso origen. El éxito de las operaciones militares es debido las más de las veces, no solo á la fuerza de que disponía el vencedor, sino al valor, al talento por él desplegado. Si reclamaciones de esta índole fuesen admitidas sin reserva, una nación beligerante podría pedir indemnización á la neutral de los fatales resultados de una guerra, y la censura que estos mereciesen no debía recaer en justicia sobre el segundo, sino que debía aplicársela la primera por su incapacidad y poca iniciativa.

El gobierno de S. M. se ha visto obligado á indicar que en lo referente á los buques que motivan el precedente informe, el gobierno de los Estados Unidos ó

sus encargados han dado prueba de una tardanza extraordinaria en el empleo de las fuerzas navales que tenían á su disposición, para interceptar ó capturar estos buques, y que si con este objeto hubiesen empleado una regular actividad, habrían evitado gran parte de las pérdidas que hoy lamentan. No pueden reputarse lógicamente como obligaciones internacionales las reclamaciones de una potencia beligerante que, juzgándose lesionada por la negligencia que atribuye á un gobierno neutral, exige por esta causa ser indemnizada por él de las pérdidas experimentadas en el trascurso de sus operaciones militares, cuando ella misma por su parte no ha demostrado ni usado actividad ó diligencia para evitar ó acortar tales pérdidas.

Durante toda la guerra, los esfuerzos constantes del gobierno de S. M. británica iban encaminados á un solo objeto, que era observar con fidelidad y exactitud las obligaciones y mantener en su integridad los derechos que la ley y la costumbre de todas las naciones han atribuido á las potencias neutrales. Todos los pueblos del universo están interesados en el sostenimiento de estos derechos. Potencia marítima de primer orden, puesta por las circunstancias en más estrecho contacto con la guerra que los demás estados, la Gran Bretaña tenía el doble deber de oponerse á toda usurpación de estos derechos, de no permitirse acto alguno que pudiera extenderlos más allá de los límites justos y convenientes trazados por la ley internacional.

El gobierno de S. M. ha dado la mayor prueba de su sinceridad en este punto, así como de su ardiente deseo de cooperar al progreso del arreglo pacífico y amistoso de las diferencias internacionales, proponiendo y aviniéndose á diferir al juicio de árbitros imparciales para que decidan si, en lo referente á los hechos de que se querellan los Estados Unidos, ha faltado ella al cumplimiento de un deber internacional. El tribunal, al decidir las cuestiones sometidas á su arbitraje, está llamado á aplicarles principios y consideraciones elevadísimas que no se limiten al dominio de la neutralidad por mar ni solo á los actos y conducta de las naciones marítimas. Que la decisión del tribunal sea ó no favorable, la Gran Bretaña está dispuesta á inclinarse ante ella. Su única súplica es que sea justa; su única pretensión es que esté fundada en la interpretación equitativa y fiel del derecho de gentes y en principios que ella y las demás potencias no tengan que arrepentirse en los tiempos venideros de haber reconocido y observado, sea como neutrales, sea como beligerantes.

Poesía.

ESCEPTICISMO.

¡Orgullo, orgullo! mi miseria de hombre
Entonces gritó sobresaltada,
Y cara á cara me encontré mi nombre
Cubierto con harapos de la nada.

VICTOR BALAGUER.

¡Gloria y saber!... Un día os he buscado
Y deliré al buscaros mil visiones,
Visiones que la niebla ha sepultado
Al envolver mis gratas ilusiones.

¡Basta ya de soñar!... Sordo respiro
De eterna fama al delicioso eco:
Porque si lauro por asaz deliro
Lo ven mis ojos abatido y seco.

He visto al sabio arrebatado osada
El pabellón del Sol su fantasía,
Mas errando frenético ha pasado
Tras un deseo sin placer ni guía.

Y en sus ojos brotó la llama impura
De aquel tenaz y lúbrico deseo:
¡Y no calmaba, no, su desventura,
El esperar por tumba un mausoleo!

Que si la ciencia devoró su mente
De la verdad lanzándose en acecho,
Baldón impuro señaló su frente,
Cáncer impuro cobijó su pecho.

¡Gloria y saber!... ¡Pomposas invenciones
Con que su nada disfrazó la nada!
¡Evocad esas bellas ilusiones
En la mente marchita y desgastada!

¡Tornad á mi visión su colorido,
Alejad ese espectro funerario,
El fantasma apartad descolorido
Que con el dedo me mostró el osario!

¡Arrancad de mi rápida memoria
Esa lápida escondida...
Venid delirios de perenne gloria!
Vida volved á mi llorosa vida.

Ese ciprés que ondula misterioso,
Este fantasma que las auras cruza
Acaba mi soñar y mi reposo,
La atroz espina de mi llanto aguza.

Y haced no vean los medrosos ojos
En la gloria la nada y el vacío
Y ocultadles el polvo y los despojos
Que el mármol embozó con su atavío!

El cementerio y la abrasada orgía
Ante la vista en mi delirio floten:
De ella mi tumba arrebatad sombría
Sin que las brisas al pasar la azoten.

Y no sienta crugir su endeble losa,
Y no sienta gemir su cruz mezquina:
Vea una tumba colosal, grandiosa
Y velada por mágica neblina.

¡Haced, haced que acate reverente
Las inscripciones que la turba admira,
Porque en la tumba remedó el viviente
Torpe disfraz de mundanal mentira!

Y mientras bulle la voraz ponchera
Dad á la mente inspiración que abrasa:
¡Gloria falaz! ¡Mi corazón te espera,
Ven, que mi sueño por la mente pasa!

Y si dejas que el sueño peregrino
Al compás se me extinga de la danza,
Hallaré cara á cara mi destino
Ajeno de ilusión y de esperanza.

Porque es vivir bien impío
Vivir sin grata emoción,
Al salvaje murmurio
De la cascada y el río
Que alternan su ronco son.

¡Porque es horrible vivir
Para el llanto despertar,
Y despertando sufrir
En penoso delirar
Y delirando morir!...

¡Qué vale juventud
Si en nuestras manos afierra
Un plañidero laud,
Para mostrarnos en tierra
El escondido ataúd!

¡La primavera dorada
Es por cierto triste cosa
Si ha de mostrarnos penada,
La boca de nuestra fosa
Junto á sus flores cavada!

¡Esta es mi vida! ¡Vivir
Sin aspirar blandas flores,
Sin gozar y sin reír,
Sin bosque, sin ruisenores,
Sin esperar porvenir!...

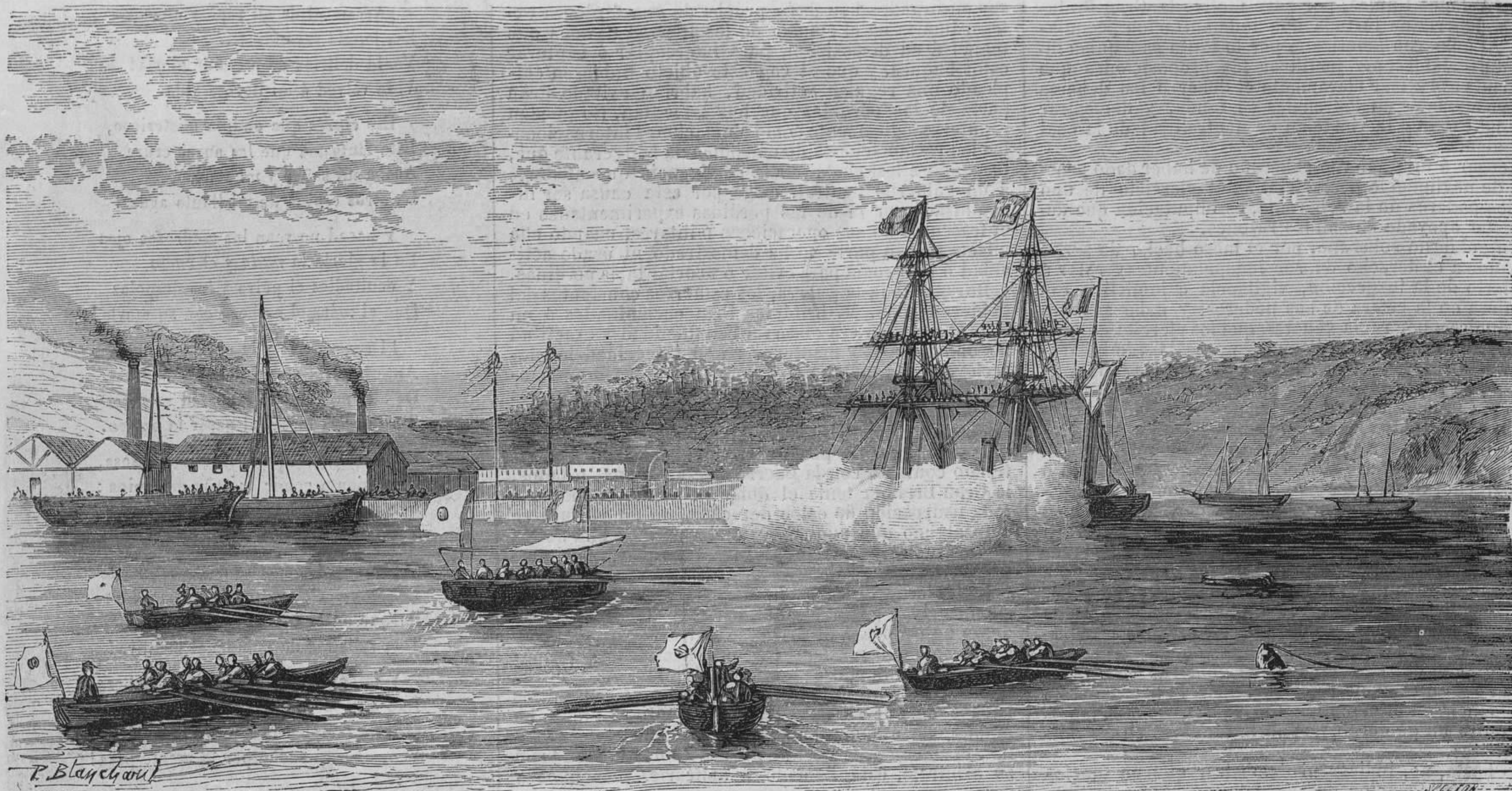
Ven, oh gloria, tu luz bella
Ilumine mi carrera,
Pura levántate en ella,
Cual la gigante palmera
En el desierto descuella.

¡Oh, ven! De la tempestad
Al pobre naufrago salva,
Porque no es tanta mi edad
Por traer la frente calva,
Sello de horrible verdad...

¡Cierre tu pomposo manto
El fondo del negro abismo...
Y si me niegas tu encanto,
Brotará en amargo llanto
Mi horroroso escepticismo!...

¡Dame tus sueños, que bellos
Gloria, tus fantasmas son...
Porque volverás con ellos
Á mi ilusión sus destellos,
La paz á mi corazón!

J. A. PAGÉS.



JAPON. — El Mikado en el arsenal de Yokoska : desembarco del Mikado en la bahía de Yeddo.

El Japon.

El autor de los dibujos relativos al Japon que publicamos en este número escribe lo siguiente :

Acabamos de ver uno de los mayores pasos que hayan dado los japoneses hacia la civilizacion europea: me refiero á la visita del Mikado al arsenal de Yokoska.

Sin duda no se ignora que el Mikado era hace tres años un personaje completamente invisible y que los hombres que le rodean no se resolvieron á dejarle ver sino cuando hubo vencido al Taicoun.

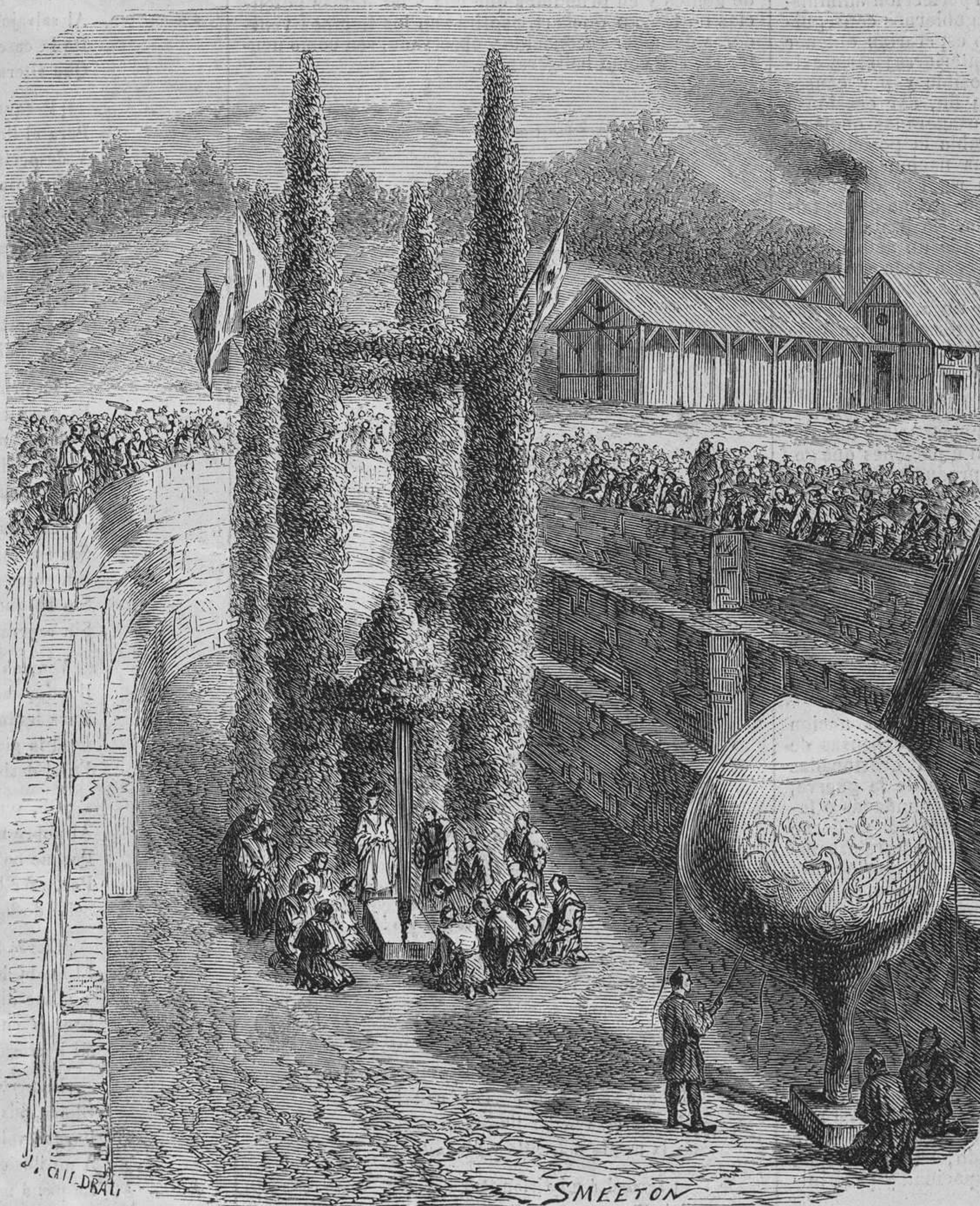
Desde aquel suceso cambia la politica del Mikado : sale de Kioto, la ciudad santa, que está distante de todo gran centro y de todo movimiento, y viene á establecer su capital en Yeddo, ciudad muy populosa y comerciante, próxima á Yokohama, que es la ciudad del Japon en donde hay mas europeos.

Aquí el Mikado continúa á dejarse ver ; pasa una gran revista á sus tropas y luego vuelve á encerrarse durante dos años, como si temiera que le vieran mucho y quisiera otra vez ser invisible.

Al cabo de éstos dos años hace un esfuerzo y á mediados de 1871 convoca á los ministros extranjeros en su presencia.

Cinco meses trascurren. En vano le aconsejan que vaya á darse cuenta del estado tan próspero de las diferentes industrias establecidas por los europeos en su imperio ; pues se resiste con empeño.

En tal ocasion M. Verni, ingeniero de la marina francesa y director del arsenal de Yokoska, se dirige á Yeddo para decidir á la córte á que haga una visita al arsenal ; y al cabo



JAPON. — Colocacion de la primera piedra de una forma de construccion.

de muchas vacilaciones los ministros acaban por prometer la visita, aunque sin fijar ni la época ni la duracion de la estancia.

A fines de diciembre de 1871 se encontraba en Yokoska el *Segond*, aviso francés que tenia que gobernar algunas averias.

Justamente entonces, la córte se resuelve á hacer la visita ; y en su consecuencia el comandante del *Segond* toma las disposiciones oportunas para recibir al Mikado con los honores que le son debidos.

El primer dibujo representa el *Segond* haciendo el saludo de veinte y un cañonazos. El Mikado se dirige á la grada preparada para su desembarco, seguido de una flotilla de botes y balleneras.

Visita primeramente la fragua y luego la caldereria y la fundicion.

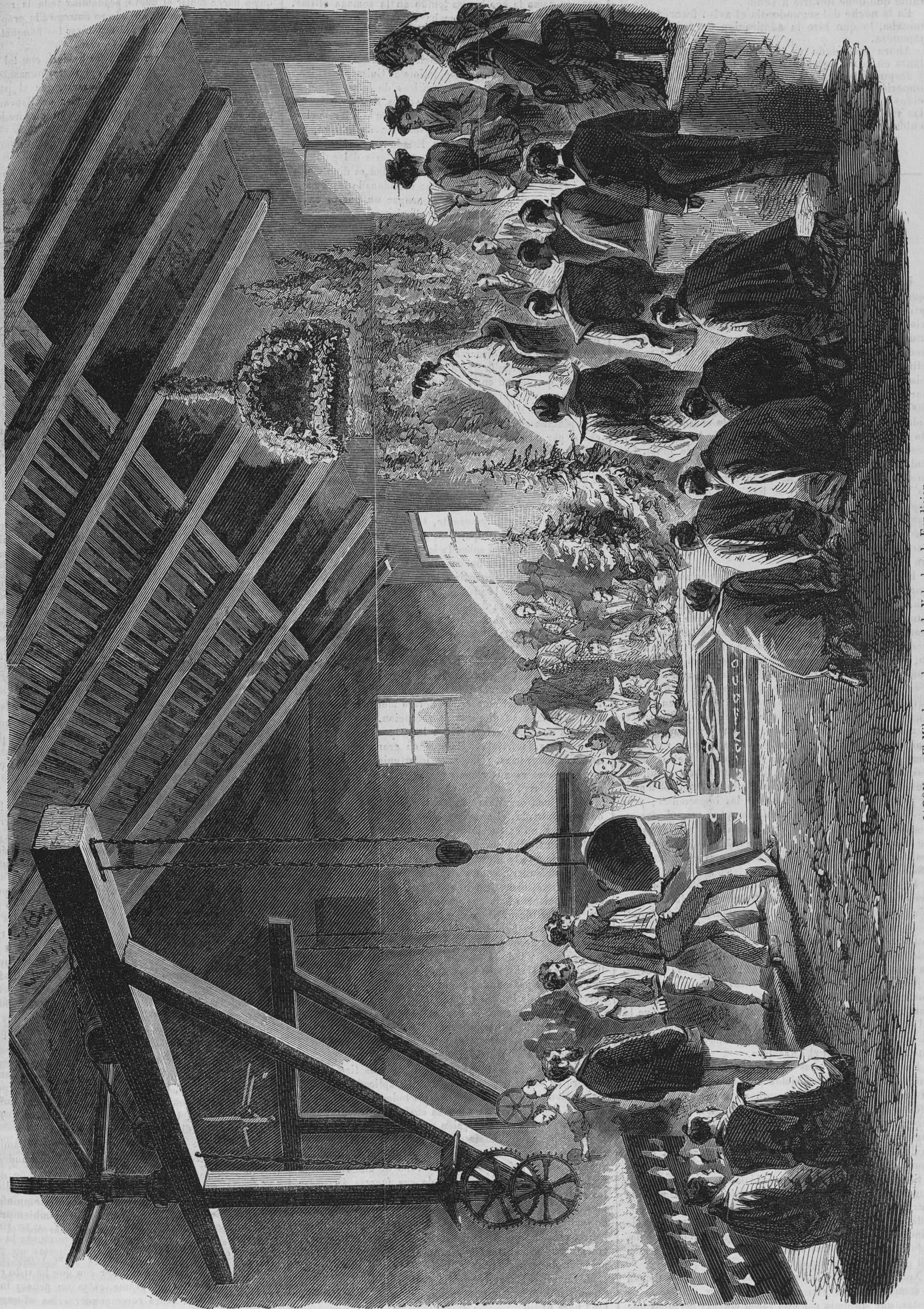
En otro dibujo está el Mikado en un trono levantado en los talleres de fundicion, mirando fundir sus armas y una fórmula escrita en caracteres chinos.

Despues visita los talleres de ajuste, donde examina cuidadosamente las máquinas y pide explicaciones.

Terminado el primer dia, el Mikado se encierra en la casa que le han dispuesto, y todo vuelve á la vida ordinaria.

En la mañana siguiente el Mikado asiste á la entrada y á la salida de buques ; y despues va á colocar la primera piedra de una forma de construccion, como se ve en otro dibujo ; concluida la ceremonia, sueltan un globo, con gran satisfaccion de todos los japoneses que asisten á la fiesta.

Aquí acaba el segundo dia, y el Mikado se retira á su casa, de donde no



JAPON. — El Mikado en el arsenal de Yoloska : la Fundicion.

saldará mas que para embarcarse en el buque almirante que debe llevarle á Yeddo.

En la noche del segundo día el aviso francés se iluminaba, lo que hizo la admiración de toda la corte japonesa.

Ahora está dado ya el primer paso, el Mikado se lanza en la vía de la civilización; hoy visita Yokoska y despues visitará otro de los grandes centros de su imperio. Así podrá observar todos los bienes introducidos por los europeos, y muy luego el Japon, libre de las trabas que le mantienen estacionario, se abrirá enteramente al progreso y á la riqueza. X.

Revista de Paris.

La novedad del día es la temperatura: Paris disfruta lo que pocos años le es dado disfrutar, las delicias de una primavera. Seguramente no se pasa nunca la actual estación sin que haya alguno que otro día de claro sol y de atmósfera templada; pero esto de que las semanas se sucedan sin lluvias y sin frios, es cosa tan inusitada en este clima, que cuando sucede como lo vemos hoy, Paris cambia de aspecto. En esta aglomeración de gente que, á pesar de las deserciones, calculadas nada menos que en 300,000 personas, es inmensa, hay siempre una gran cantidad de personas desocupadas que solo consultan el estado de la temperatura para esparcirse por las calles y paseos públicos. Todo día de sol parece día de fiesta. Los bulevares, los Campos Eliseos, el bosque de Boulogne, presentan el espectáculo de una animación suma. En cuanto á los carruajes, jamás se han visto tantos, ni de mas lujo. El domingo principalmente, la circulación en las avenidas del bosque es imposible. Cuando se observa todo ese movimiento, toda esa riqueza, toda esa vida, los sucesos de la guerra extranjera y de la guerra civil parecen un sueño.

Es verdad que con razon se ha dicho que no hay nacion que caiga tan pronto y se levante tan pronto como la Francia. Nunca como ahora se conoce y está palpable la exactitud del dicho. Dias pasados se anunció que el gobierno francés había tratado con el alemán para adelantar los pagos que venian finalmente en mayo próximo; y con efecto, á esta hora los alemanes han recibido los fondos que completan los dos mil millones. Quedan por pagar tres mil; y esta suma considerable, casi fabulosa, que se diría podría causar la ruina del país, se hará efectiva en el momento mismo en que el gobierno lo juzgue oportuno. Mas aun; el gobierno se ve en la precision de aplazar las infinitas combinaciones que se le presentan para realizarla inmediatamente. Las personas que se dicen bien informadas afirman que el empréstito libertador de los tres mil millones no se hará hasta el próximo julio. Sus motivos tendrá el gobierno para no hacer caso de los impacientes; pero de todos modos resulta probado lo que antes decíamos, que en esta Francia existe una superabundancia de vida y de riqueza que resiste á los mas terribles golpes, que neutraliza los efectos de las situaciones mas complicadas y afflictivas.

En cuanto á la suscripción nacional, el gobierno ha expresado su opinion en la Asamblea de un modo tan categórico y contundente que puede considerarse como terminada en su nacimiento. Creyendo el gobierno que la tentativa no puede producir un resultado satisfactorio, ni relativamente, y que en su consecuencia el efecto moral de la suscripción será desastroso en tales condiciones, aconseja que se abandone semejante idea, tanto mas, cuanto que no habiendo otro sistema mejor que el del empréstito para recoger los tres mil millones, podría suceder que la tal suscripción procedente de la iniciativa individual, perjudicara al llamamiento que en su día debe hacerse al crédito en Francia y en el extranjero.

En presencia de estas declaraciones varios periódicos que patrocinaban la suscripción patriótica, han cesado en su propósito, y ha habido comités en Paris como el del décimo distrito, que anuncian la restitución de las sumas recogidas. Es cierto que en otros barrios se persiste, así como perseveran tambien en distintos departamentos; pero de todos modos la suscripción que marchaba ya lentamente, ha recibido ahora el golpe de gracia.

Sin embargo, no por esto cambiamos nuestra opinion: el generoso movimiento que se produjo en Francia ante la patriótica idea de la liberación del territorio, habría podido ser aprovechado y secundado por las operaciones financieras que estudia el gobierno, habría tenido en suma, todo el carácter de una manifestación nacional de origen tan grandioso como espontáneo.

Nunca como ahora las solemnidades académicas llaman la atención de los parisienses. Está Paris tan escaso de fiestas, que sin duda por esta razon muchas personas que solo de nombre conocian el palacio del Instituto, se apre-

suran hoy á solicitar billetes cuando se anuncia una recepción como la que hemos tenido en la semana última.

M. Duvergier de Hauranne ha entrado á ocupar el sillón del duque de Broglie.

El carácter de esta reunion era eminentemente político, nuevo interés en las actuales circunstancias.

M. Duvergier de Hauranne, íntimo de Guizot, de Thiers, de Remusat y otros hombres políticos de la escuela doctrinaria; figuró mucho antes y despues de la revolución de 1830; fué uno de los que proclamaron la reforma electoral que dió por resultado la revolución de febrero, estuvo preso cuando el golpe de Estado y ocupó sus ocios durante el imperio en escribir una historia del gobierno parlamentario en Francia. En la actualidad es diputado, y fiel á la amistad de M. Thiers, ha abandonado los bancos monárquicos de la derecha para ocupar un puesto en la izquierda entre los republicanos provisionales.

Siguiendo la tradicional costumbre, M. Duvergier de Hauranne ha hecho en su discurso el elogio de su antecesor el duque de Broglie, sembrándole de alusiones y de epigramas á lo pasado y á lo presente, como es tambien costumbre. Sin embargo, el interés que despertó no fué grande: sin duda se recordaba que el diputado amante de la reforma fué uno de los que provocaron la revolución de 1848, y hoy no estamos en tiempo del imperio, no sopla el viento en favor de los revolucionarios.

Un pasaje de su discurso fué muy aplaudido y es en el que habló del orgullo que puede tener la Academia por la parte que toman en la restauración de la Francia varios de sus miembros, y sobre todo uno de sus miembros.

Llegaba ya M. Duvergier de Hauranne al fin del discurso y pintaba al duque de Broglie trabajando no por capricho ó por necesidad, sino por gusto, regularmente, con método, siempre á las mismas horas, sin cansarse ni desalentarse nunca.

« Seguramente, añadió, no bastaba el trabajo para ser lo que él ha sido, sino que se necesitan las mas felices dotes; pero sin la costumbre del trabajo, sin la afición al estudio seguido y perseverante, los mas preciados dones de la naturaleza se disipan ó se pervierten. M. de Broglie decía en su dictámen sobre la instrucción secundaria, escrito en 1844: « Los buenos estudios son el alma de la disciplina y la salvaguardia de las costumbres... Preciso es que el ardor de la juventud se incline al bien ó al mal. No lo perdais nunca de vista; en las escuelas como en el mundo, la pureza va á la par con las costumbres laboriosas. En todas partes donde se descuidan los estudios, los corazones se corrompen y se degradan los caracteres. »

» Lo que tan bien decía entonces M. de Broglie, con mas oportunidad aun lo habría repetido veinte años despues. Pero me engaño; lo dijo y nadie ha olvidado las bellas palabras del emperador Severo moribundo, con las que terminaba su discurso de recepción. Trabajemos; y vuestras unánimes aclamaciones le respondian condenando así la vida frívola á la que en gran parte debemos nuestras desgracias. ¡Que estos infortunios sean para nosotros una severa advertencia y nos enseñen á principiar una vida nueva! En la primera mitad de este siglo hemos vivido en una orgullosa confianza, y luego vinieron la duda, el desaliento, el abandono de nosotros mismos, la abdicación. Y no es que no se produjeran generosas protestas. En un tiempo en que callaba todo el mundo, la Academia defendió la libertad contra el poder de uno solo, como la defendería contra el poder de la multitud, si necesario fuese, demostrando con su ejemplo no menos que con sus palabras bajo qué condiciones las sociedades crecen y se fortifican. Hace cincuenta años parecía tambien que la Francia había perdido su rango en el mundo, y quince años despues volvió á subir, gracias á la libertad y al trabajo, y toda la Europa tenia los ojos en ella. La libertad y el trabajo son las dos grandes potencias á las que debemos pedir todo lo que nos han hecho perder las corrupciones de la época.

» Apenas hemos salido de tan horrorosas catástrofes y vemos ya que bajo una influencia mejor, las almas cobran nuevo temple, los caracteres se afianzan, las resoluciones viriles suceden á los hábitos de molición.

» Mucho se ha abusado en estos últimos tiempos del nombre de salvador y sobre todo se ha aplicado muy mal; y sin embargo, en ciertos momentos todas las miradas se fijan en el mismo hombre y cada cual funda en él su esperanza. ¿Necesito decir quién es hoy ese hombre? No es un príncipe, es un simple ciudadano que desde hace cuarenta años tiene asiento en esta Academia elegido por vuestros libres sufragios, y que al cabo de una vida larga y gloriosa, consagra lo restante de sus fuerzas á reparar los males que había previsto y no pudo impedir. Nadie mas que M. de Broglie le sostuvo con su aprobación cuando luchaba por las libertades necesarias y nadie tampoco habría aplaudido mas el acto memorable que en circunstancias muy escabrosas, le encargó de presidir á la regeneración de la Francia. »

M. Cuvillier-Fleury respondió á M. Duvergier de Hauranne y lo hizo con una intención que no pasó desapercibida para nadie.

M. Cuvillier-Fleury, preceptor que ha sido de los

príncipes de Orleans, allí presentes, y familiar de la casa, quiso hacer sentir al nuevo académico toda la responsabilidad de su conducta cuando se entregó á la propaganda de la reforma y contribuyó á organizar los banquetes precursores de la revolución de febrero.

Terrible estuvo en verdad; pero hablaba con tal delicadeza, con tan sutil ingenio, sus epigramas punzantes en el fondo afectaban una forma tan literaria, que al paso que la concurrencia aplaudía, M. Duvergier de Hauranne no tenia mas remedio que aceptar los tiros disparados con armas tan corteses.

Despojada de este barniz académico, la contestación de M. Cuvillier-Fleury es una amarga sátira.

En ella se dice á M. Duvergier de Hauranne que dividió en dos partes el reinado de diez y ocho años de Luis Felipe, siéndole adicto en la primera y siendo en la segunda su adversario.

A juicio del orador, la pretensión de constituir un gobierno parlamentario, monarquía ó república, sobre la insignificancia voluntaria ó forzosa de su principal agente en el órden ejecutivo, es filosóficamente una idea falsa.

« Decretad la imbecilidad del jefe supremo de todo grande Estado, dice M. Cuvillier-Fleury, ó no habreis hecho nada. Sois un hombre activo y de talento, no profesais demasiado desden por vuestras propias ideas, y siempre teneis dispuesta el arma de la palabra. ¿Qué habríais hecho si, por desgracia, hubiérais sido rey? Me habría gustado veros. Estoy seguro de que habríais respetado la carta de 1830 en su letra y su espíritu. Cubierto ante el país con la responsabilidad de vuestros ministros ¿os habríais negado á contribuir con vuestra parte de experiencia personal en las decisiones del gabinete? ¿Es posible esto en Francia, ni en ninguna otra parte? ¿Conoceis un país constitucional, grande ó pequeño, monarquía ó república, en donde no sea nada el jefe del Estado? ¿No era nada el enérgico Lincoln? ¿Victor Manuel no ha hecho nada en la obra de la independencia de Italia? ¿El prudente Leopoldo se contaba por nada en Bélgica? Pase por la Inglaterra cuando tiene por reina una mujer dotada de buen sentido. Habrá que rehacer la ley sálica en sentido contrario. En Francia quiere el hombre ser algo, aun cuando sea rey. »

Esta fué la parte verdaderamente notable del discurso de M. Cuvillier-Fleury, pues todo lo relativo al duque de Broglie, estaba ya dicho y largamente por M. Duvergier de Hauranne. En suma, la sesión fué interesante, pero larga: entrambos discursos contienen disertaciones que podrian ser omitidas sin que el pensamiento principal saliera en ello perjudicado.

Poco tenemos que decir esta semana en punto á teatros.

La representación mas importante ha tenido efecto en el Teatro Francés, habiendo hecho el gasto una comedia en cinco actos del antiguo repertorio, *Turcaret*, de Lesage.

Apresurémonos á decir que las esperanzas de la empresa han quedado defraudadas.

Turcaret pasa en el teatro clásico por el tipo de los vicios y ridiculeces del hombre de dinero; mas ¡ay! cuán lejos han dejado en esta pintura los autores modernos á Lesage.

El último autor dramático que toma por su cuenta al advenedizo de nuestros días, nos ofrece un cuadro mas exacto, mas acabado.

Francamente, *Turcaret* lejos de inspirar la repulsión del hombre que funda su orgullo en su dinero, no inspira mas que un sentimiento de lástima, porque todos cuantos se acercan á él hacen facilísimamente presa en sus caudales.

La pieza está bien representada; pero esta circunstancia, muy comun en el Teatro Francés, no la salvará del naufragio.

Tenemos á la vista el programa de la nueva empresa del Teatro Italiano de Paris, y desde luego podemos decir que la lista de los cantantes nos promete una temporada muy brillante.

Hé aquí los nombres:

Señoras: Volpini, Smerowski, Penco, Sasse, Ramirez, Trebelli, Marchetti, Rosetti y Vestri.

Señores: Gardoni, Nicolini, Montanaro, Delle-Sedie, Graziani, Verger, Colonesse, Bagaggiolo, Medini, Topai, Mercuriali, Ubaldi, Vairo, Caserini y Verolini.

El director de orquesta y canto es el señor Dami, que ha estado al frente de las orquestas de los grandes teatros de Italia.

Además, se da la esperanza de que la célebre Alboni y el no menos afamado Fraschini tomarán parte en algunas representaciones; así como se anuncian tambien proyectos de ajuste, entre los cuales mencionaremos el de la Adelina Patti.

Con estos elementos inaugura el señor Verger su dirección teatral y el marcado favor con que ha visto el público tan espléndido programa, es ya un primer indicio de que el público sabrá corresponder á los esfuerzos de tan inteligente empresario.

MARIANO URRABIETA.

Apuntes históricos.

FELIPE IV Y LOS REGICIDAS INGLESES.

I.

Al dejar el gobierno de 1866, despues de vencer una y otra formidable insurreccion y de recias luchas parlamentarias, nada tiene de extraño que los últimos colegas del duque de Tetuan hicieran exámen de conciencia para darse cuenta exacta de sus hechos. De mí, al menos, sé decir que lo hice escrupulosísimo; y ocioso es que añada que ni mis compañeros ni yo resultamos libres de errores, pecados únicos en que incurren los políticos honrados. Mas hoy que el tiempo ha pasado, y tras el tiempo tanto y tanto que se juzgaba á la sazón duradero; hoy, que en distinta forma que entonces están en España planteadas las cuestiones políticas; hoy, en suma, que poco ó nada importaría á mi amor propio el confesar mayor número de faltas que en realidad cometimos colectivamente, todavía pienso y atrévome á decir que, en los partidos conservadores, fuimos los ministros de aquella época los que cometimos menos, durante aquel breve, pero importantísimo período de la historia contemporánea. Mucho mas erró la dinastía caída, como ya reconoce casi todo el mundo; mucho mas erró aquella gran parte de las clases conservadoras que con tan vivo empeño nos disputara el poder en el Senado, no bien enjuta aun la sangre de la jornada infausta del 22 de junio; mucho mas erraron los católicos fervientes que, á causa del inevitable reconocimiento del reino de Italia, nos rehusaron por aquellos días un apoyo, que imperiosamente exigía su propio interés. Sí, como es natural, niegan aun tales asertos los que entonces fueron nuestros adversarios políticos, confío en que, tarde ó temprano, dará la razón á quien la tiene la historia. Pero en el interin lícito ha de serme decir que, despues de repetir á la luz vivísima de los últimos acontecimientos el espontáneo exámen de conciencia de 1866, continúo creyendo, por mi parte, que mis colegas y yo fuimos de todos los conservadores los que menos erramos entonces.

No es imposible, que desligado un día, que quizá no esté lejos, de los deberes que el cuerpo electoral me tiene impuestos ahora, dedique yo al fin á los papeles y los libros todo mi tiempo; y natural será que consagre alguno en tal caso á esclarecer é interpretar ciertos sucesos coetáneos. Para entonces aplazo la demostración de mis asertos anteriores, y me lisonjeo de que no ha de acusarme de parcial la sana crítica, por mas que ni de lejos acierte en otras muchísimas cosas á comentarla. Cuando me resuelva á decir al público todo lo que sé y lo que pienso sobre los sucesos pasados, sépase desde ahora que no callaré las faltas de nadie, por doloroso que para mí mismo sea confesarlas.

Hoy por hoy solo pretendo dar á la estampa algunos apuntes históricos, que no deben parecer impertinentes á los que tan duramente combatieron al último ministerio de que hice parte, en nombre de las antiguas tradiciones del gobierno de España. Ya que por escrito y de palabra se declamó tanto en 1865 contra el reconocimiento de los hechos consumados en Italia, bueno es inquirir lo que en esta materia misma de hechos consumados pensaban y hacían los reyes y ministros, y aun los Cuerpos deliberantes del período mas autoritario que haya hasta aquí conocido España, que es el de la casa de Austria. Y no quiero echar mano de un hecho consumado cualquiera, sino del mas grave que sin duda alguna ofrecen los anales del siglo XVII, es á saber, del proceso y suplicio del rey Carlos I, y de la fundación de un nuevo gobierno por los regicidas parlamentarios de Inglaterra.

Vanamente pretendería recusarse la autoridad de Felipe IV y de sus hombres de gobierno para interpretar los verdaderos principios y procedimientos del antiguo gobierno de España. Háse intentado recusar á los Borbones, sobre todo á los últimos, por lo tocante á las cosas eclesiásticas, y si se recusase ahora á los reyes austriacos en materias políticas, vendríamos á quedar sin historia en España. La verdad es que con menos poder, y menos fortuna, ni Felipe III ni Felipe IV practicaron otros principios de gobierno que los que enseñó y practicó Felipe II. Los Consejos, en los cuales residía en realidad todo el poder político por entonces, conservaban hasta supersticiosamente las tradiciones del gran siglo de la monarquía; y no poca parte del mal en eso consistía precisamente, porque de ordinario queríase ya mas de lo que se podía, y queríase á deshora.

Harto menos laborioso y hartos mas desgraciado que su abuelo fué seguramente Felipe IV; pero no menos católico que él, ni menos celoso de su autoridad real. Y hay que decir además, en desagravio de la verdad por largo tiempo oculta, que Felipe IV estuvo lejos de ser un rey tan indiferente y descuidado como vulgarmente se supone. Cuando pieza por pieza se examinan los numerosos expedientes de papeles de Estado, que de su reinado existen, todo ánimo imparcial se persuade de que valían mucho mas, y trabajaban mucho mas tambien de lo que se piensa, así el rey como los

ministros desventurados á quienes cupo la suerte infausta de que en sus manos se deshiciera nuestra supremacía militar y política. Hasta la correspondencia de Felipe IV con la célebre monja sor Maria de Agreda, que tanto se presta á la burla escéptica de nuestros días, pone de manifiesto un interés por el bien público, que no es comun por cierto, ni en los monarcas ni en los gobernantes del día. Y de piedad religiosa no se diga, porque en Felipe IV fué mas que en nadie tan débil la carne, como fuerte el espíritu; y no hay mas que leer sus cartas á la referida monja para convencerse de que era hombre incapaz de contradecir intencionalmente en lo mas mínimo ninguno de los preceptos de la Iglesia.

No es mucho, pues, que cuando en 1868 vinieron á mis manos los papeles de que ahora voy á hacer uso, formase al punto el propósito de aprovecharlo un día, no tanto para justificar mis propios hechos y los de mis compañeros de gabinete, cuanto para rectificar con datos verdaderamente históricos las falsas ideas que nuestros tradicionalistas suelen poner en circulación, por cuenta del gobierno antiguo. No: aquel sistema político, como era á la sazón cosa humana y práctica y no cual hoy es una arbitraria é irrealizable hipótesis, estaba muy lejos de sujetar al rigor inflexible de ningún principio absoluto la dirección de los grandes negocios humanos. Los hombres de aquel sistema eran demasiado inteligentes para prescindir de lo que hoy con desden apellidan algunos las circunstancias; y demasiado buenos patriotas para sacrificar los intereses inmediatos de la nación á pretensiones quiméricas, por justas que en principio las juzgasen. Esta y no otra es la enseñanza, que, con evidencia, se desprende de los documentos del archivo de Simancas, que he de dar á conocer en este artículo.

Ni copié todos los que allí hay referentes á la materia, ni importaba para su esclarecimiento; pero no dejaré de extractar ó de dar aquí razón de cuantos verdaderamente hacen al caso.

II.

El primer documento de que tengo que hablar, es ya de por sí extremadamente curioso. El 9 de febrero de 1649, que era para los ingleses, todavía rebeldes á la corrección gregoriana, el 30 de enero del año anterior, fué decapitado en Londres Carlos I, y tres días despues daba cuenta de aquel espantoso suceso el embajador español don Alonso de Cárdenas, al secretario Gerónimo de la Torre, en los términos siguientes (1): «Verdaderamente (decía entre otras cosas) me tiene tan sentido como pide la lastimosa tragedia de este príncipe, á que han contribuido todos los accidentes de dentro y fuera del reino; y el de las inquietudes de Francia lo que ha hecho maravillosamente; porque con los embarazos de aquella corona ha crecido el atrevimiento y la animosidad de los independientes, que antes temían sus fuerzas. Ahora verá usted que lo que le escribí en 20 de agosto no fué prevención muy anticipada, y que el hacerla fué por noticia cierta que alcancé de los designios de esta gente; y que en primer lugar procurarían quedar sin rey, y no pudiendo salir con ello elegirían al duque de Gloster (Gloucester). Pero como piensan conseguir lo primero, no tratan por ahora lo segundo. Aquí se está en un caos, y se vive sin religion, sin rey y sin gobierno, sujeto todo al poder de la espada, portándose esta facción como victoriosa y como quien ha conquistado este reino: de que es fuerza resulten grandes novedades.»

Nuevamente escribió Cárdenas el 19 de marzo, comunicando otras noticias del estado de Inglaterra, y diciendo que, á su parecer, trataban ya de acuerdos en Francia, y lo que se podría temer su ajustamiento. Lo cual equivalía á suponer, que la Francia no pensaba mas que en sacar de la revolución inglesa el mejor partido posible, por lo cual convenia que se anticipase España. Así por lo menos lo entendió el Consejo de Estado español, según se deduce de algunas de las deliberaciones que siguieron á estos despachos.

Hay, por ejemplo, una consulta de dicho Consejo de 4 de mayo de 1648 (2) que trata de este asunto, y en la cual constan las opiniones individuales de los consejeros. El conde de Castrillo dijo: «Que no había duda que, tras la muerte del rey de Inglaterra, se seguirían harta confusión y designios, y que en esta parte, sobre otro despacho antecedente tenía ya el rey tomada resolución de que se avisó al embajador; mas que siempre convenia que, con ocasion de tales rumores y el pié que fueran tomando estas cosas, se introdujesen y esforzasen las negociaciones que pudiesen ser mas útiles á la causa pública, del servicio del rey, y conservación de los católicos de aquellos reinos de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda, procurando penetrar al propio tiempo las que era de creer que moverían los franceses.» No tengo á la vista la resolución anterior de que habló entonces Castrillo; pero

(1) Archivo general de Simancas. — Estado. — Legajo 2,524. — Advierto, que todas las palabras que cito están literalmente copiadas de los despachos originales, sin otra alteración que las de ortografía y sintaxis indispensables para incluir en la narración el contexto.

(2) Leg. 2,524, antes citado.

debía estar inspirada en los mismos sentimientos que el dictámen, según se deduce de sus propias palabras. Los marqueses de Valparaiso y de Velada se conformaron con lo que venia votado; añadiendo el último «que se encargase á don Alonso avisara cómo corría la Francia con el Parlamento y príncipe de Gales.» Actitud mas serena, mas práctica y mas utilitaria no la ha tenido jamás ningún ministerio constitucional. Y el rey, por medio de un «hágase así,» se conformó enteramente con el Consejo.

Continuando el exámen de esta correspondencia, se halla que las cartas de don Alonso de Cárdenas, de 27 de abril y 3 de mayo del citado año, no solamente dieron á conocer con toda particularidad al rey y al secretario Gerónimo de la Torre el estado en que hasta entonces se hallaban las cosas de Inglaterra, sino que trajeron á discusión dos puntos nuevos y muy graves. Comunicó, en primer lugar, don Alonso la plática que con él había tenido cierto agente del Parlamento, dándole á entender que deseaba este continuar en buena correspondencia con el rey de España, y preguntándole si sería en Madrid bien admitido un embajador de la revolución. Decía el propio don Alonso, en segundo lugar, que había recibido carta de don Francisco Cottinton (sir Francis), desde la Haya, dándole noticia de la resolución en que estaba el príncipe de Gales, su amo (que fué luego rey, cual he sabido, bajo el nombre de Carlos II), de enviarle á España con otro personaje á dar cuenta del estado de sus cosas y á pedir asistencias, y que su partida sería en todo mayo, haciendo el viaje por Bruselas.

Consultado, según costumbre, el Consejo, respondió á 6 de junio con un dictámen extenso, en que estuvieron conformes todos los concurrentes, que fueron el conde de Monterey, el duque de Medina de las Torres, y los marqueses de Castel Rodrigo, Velada y Valparaiso, hombres de larga experiencia todos en las materias políticas de su tiempo. Conviene á mi propósito copiar casi al pié de la letra su notable dictámen.

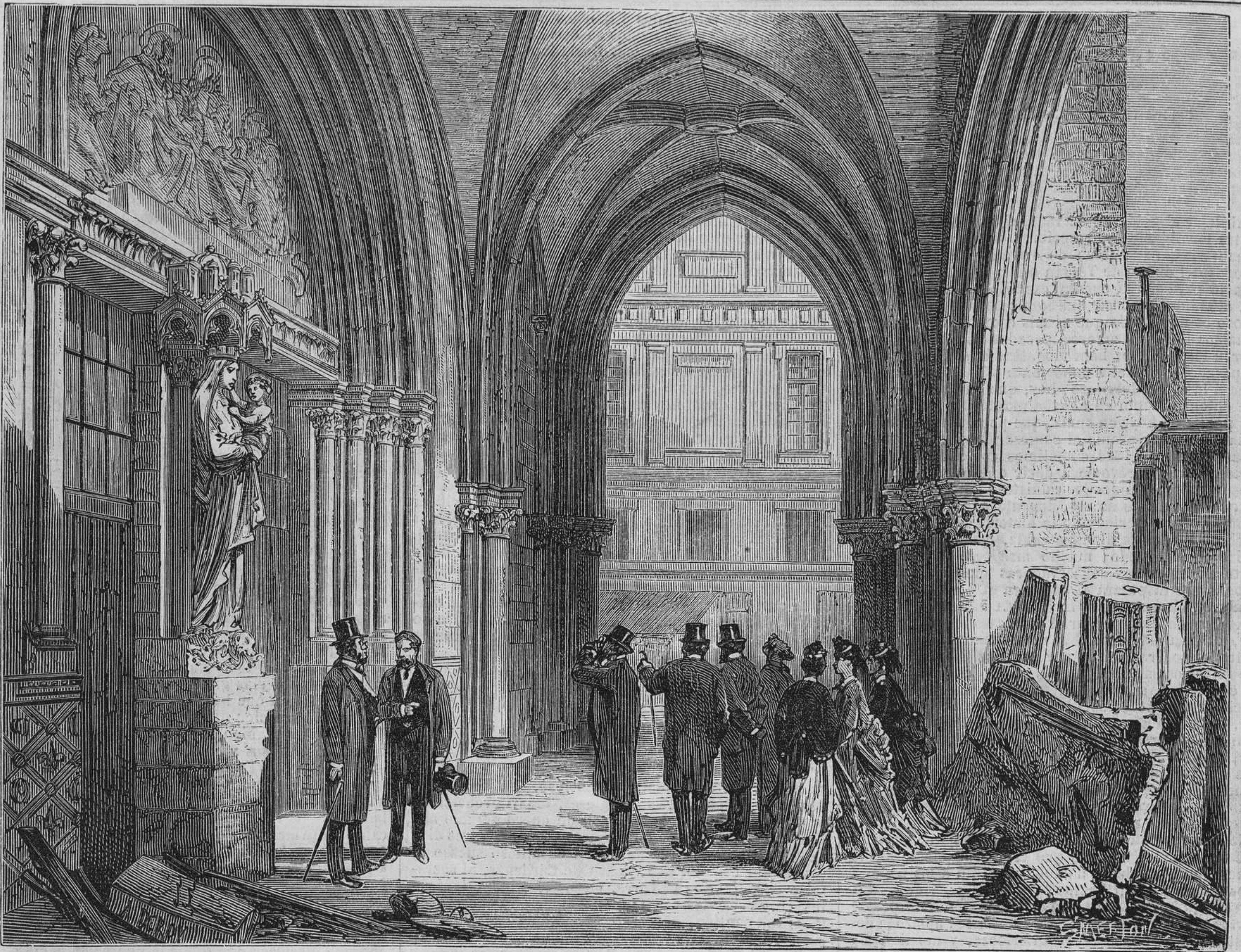
Sentaban ante todo los ministros referidos, que el caso era de los mas graves é importantes que podían ofrecerse, y en que había que dejar mucho á la prudente consideración del rey. «La venida á España de Cottinton (proseguían), no puede dejar de traer graves inconvenientes: lo primero hasta saber qué resolución toman en Francia á la propuesta igual que allí se ha hecho; y lo segundo, por el estado en que se hallan las cosas de V. M. y su monarquía, con los trabajos que ha sido Dios servido de darla.» En lo tocante á enviar embajador al Parlamento de Inglaterra, también halló el Consejo sumos inconvenientes, «pues no conviene, decía, hacer ninguna declaración hasta que el Parlamento haya establecido sus cosas con mayor seguridad de duración.» Uno y otro punto juzgaba, no sin razón el Consejo, que pedían grande y madura consideración para resolver, «habiendo mucho que discurrir, tanto por la una parte como por la otra; por lo cual dejaba de dar por entonces expreso dictámen hasta que el caso lo pidiese.» En el interin el Consejo creía conveniente al real servicio que inmediatamente se despachase correo al archiduque Leopoldo, gobernador de los Países Bajos, dándole noticia de lo que contenían las cartas de don Alonso de Cárdenas acerca de los referidos puntos, el de la venida de Cottinton, y el de la pregunta que se hizo sobre si sería ó no bien admitido en España un enviado del Parlamento. Debía además decirsele al archiduque, que si Cottinton llegaba á Bruselas ó pasaba por Flandes, procurase entretenerle, dando tiempo al tiempo, y haciendo por inquirir, con secreto y maña, á qué efecto venia y qué comisión traía; y que en las pláticas le hiciera entender que, por el estado de las cosas, sería lo mas acertado que allí se detuviese, comunicando á S. A., antes de pasar adelante, cualquier negociación que proyectase, para poder dar cuenta al rey y esperar respuesta, antes de empeñarse mas en su jornada: recomendando que se tentasen los caminos para lograr este fin, *sin desconfiarle, mostrándole gran voluntad y asegurándole mucho de la España y de lo que de ella podía fiar.* » Y era tambien de particular interés que comprendiese Cottinton que, «para establecer al príncipe de Gales en sus reinos, lo conveniente era el ajustamiento de una paz entre las dos coronas de España y Francia; y que no había medio mas seguro para poder sacar las utilidades que se deseaban y que se propusiesen.»

(Se continuará.)

El lord corregidor de Londres en Paris.

Las visitas de soberanos y altos personajes se suceden en Paris. Apenas ha salido de esta capital, en donde ha dejado tan gratos recuerdos, S. M. el emperador del Brasil, han venido de incógnito el ex-rey de Nápoles con la reina, están para llegar, con dirección á Niza, el príncipe y la princesa de Gales, y por último, en el mismo tiempo hemos tenido la visita del lord corregidor, representando la visita que hizo á uno de los monumentos mas curiosos que tiene Paris, la Santa Capilla, en el palacio de Justicia.

R. S.

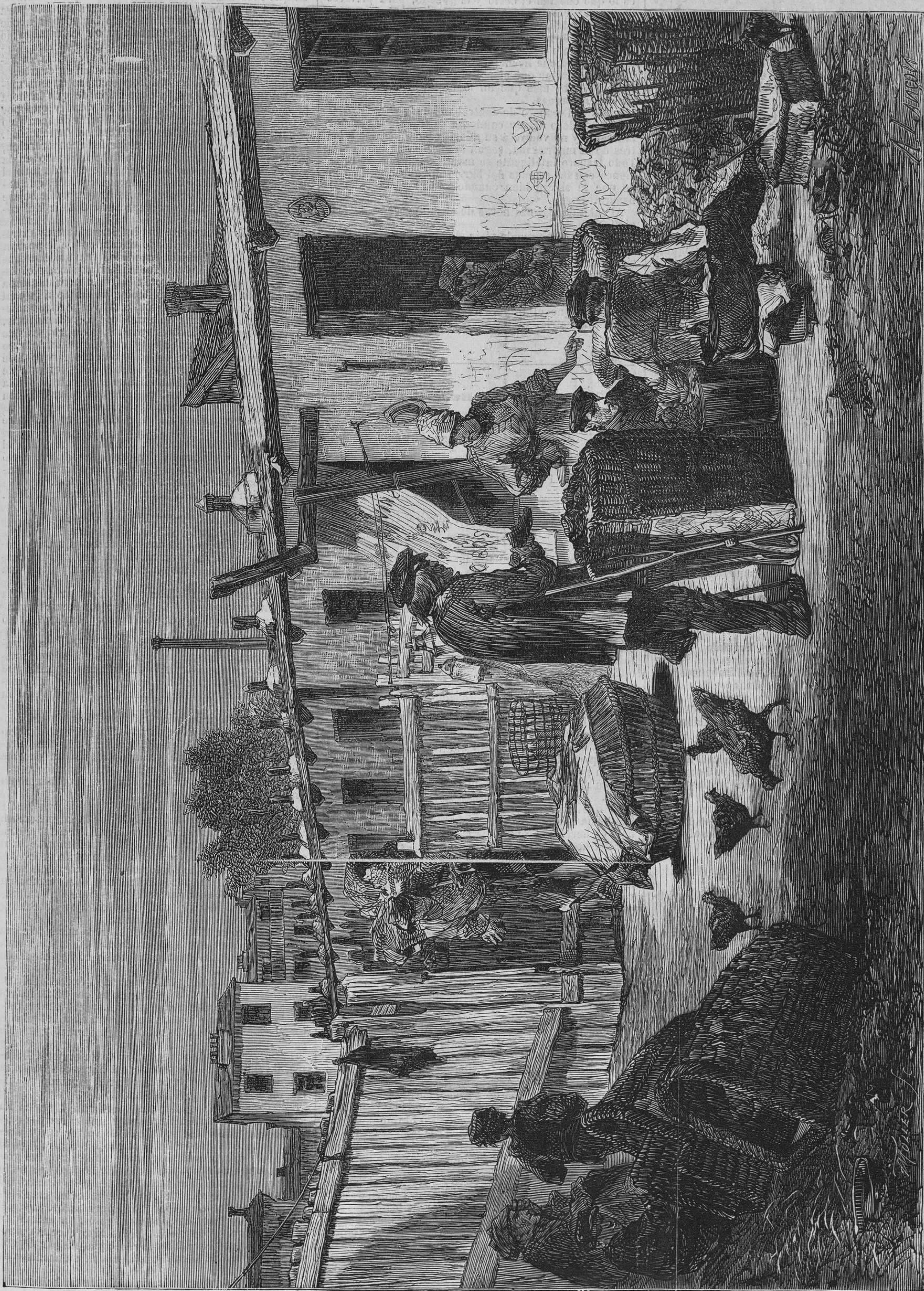


PARIS. — El lord corregidor de Londres, visitando la Santa Capilla.



FRANCIA PINTORESCA. — Muchachas llevando agua (montañas del Jura).

A. LAVOIN



TIPOS Y FISONOMIAS DE PARIS. — Los traperos.

Paris pintoresco.

LOS TRAPEROS.

El paseante que recorre ciertos sitios recónditos del París desconocido, puede imaginarse fácilmente que ha venido á caer en medio de uno de esos lugares salvajes, como aun existen en el fondo de la Bretaña.

No es posible formarse idea de esas regiones extrañas en donde las casuchas que amenazan ruina se hallan apuntaladas con maderos que obstruyen la calle; donde las mejores construcciones tienen horribles grietas; donde el suelo presenta las hendeduras del paso de los carros; donde el extraviado transeunte camina pisando vidrios de botella; en fin, donde el candelabro de gas no ha existido nunca, y en su vez se columpia el farol de aceite.

Son cloacas olvidadas por la administracion municipal, que ocupada en otras cosas, se ha dormido sobre los proyectos de embellecimientos cuya ejecucion esperan con tanta impaciencia los habitantes de estas zonas desheredadas.

Conozco un rincon del XIII distrito, una region que es el cuartel general de la laboriosa corporacion de los traperos.

Por esta comarca cruza el nauseabundo riachuelo del Bièvre, el cual tiene un brazo que en ese sitio se llama el *Río muerto*.

Entre el Río muerto y el Bièvre propiamente dicho, se extienden espaciosos terrenos en donde ponen á secar la ropa las lavanderas del barrio.

Verdaderamente, estamos aquí á doscientas leguas del boulevard de los Italianos.

Cuando hay grandes lluvias los terrenos en cuestion desaparecen bajo las aguas durante un tiempo mas ó menos largo.

En esa parte se encuentran aun vestigios de los jardines que plantaron en el siglo XVIII altos personajes que instalaron allí sus *casitas* para recrearse en familia y descansar de la fastidiosa etiqueta de la corte.

En aquel tiempo las fábricas de curtidos, de jabon, de productos quimicos y de velas de sebo, no esparcían aun sus emanaciones deletéreas bajo las frescas sombras que tanto agradaban á los nobles, aunque Juan Gobelin ya en el siglo XV llevó su industria del tinte de paños á las márgenes del Bièvre, tan floridas entonces.

Otros parajes hay donde tambien se han instalado los traperos.

Dejando el camino de Neuilly y tomando el de la Revolta, se sube por el lado de una especie de patio de los Milagros, en donde dejan los saltimbancos sus vehículos, y se llega á un terreno donde antes de la guerra habia chozas del mas misero aspecto.

Los traperos alquilaban por semanas las tales chozas, y esa aglomeracion de miserables habitaciones se llamaba el *Petit Mazas*.

Allí se andaba sobre restos de animales y de vegetales, sobre escombros y pedazos de hojalata. El aire estaba cargado de emanaciones mefíticas. Por todas partes colgaban trapos y pieles de conejo que se secaban al sol.

Vivia allí una vieja arrugada como una manzana, que era el Esculapio de la tribu, debiendo su fama á una pomada que hacia con grasa de gato alcanforada.

El *Petit Mazas* ha desaparecido, como todo lo que se hallaba en la zona militar.

Estas excéntricas regiones son los barrios favoritos de los traperos.

El traperero es el hombre libre por excelencia, el filósofo de la vía pública.

¡Es de observar la compasion con que mira á los esclavos de París encerrados desde por la mañana hasta por la noche en un taller ó detrás de un mostrador!

Que los demás hombres, máquinas vivas, ajusten el empleo de su tiempo sobre la marcha tiránica de los relojes: el traperero, sér caprichoso, trabaja cuando quiere, descansa cuando le agrada, sin pensar en la vispera, sin cuidarse del dia siguiente.

Si tiene frio, el aguardiente le calienta, si tiene calor se coloca á la sombra, si está cansado se tiende en el suelo y duerme.

El dia en que Diógenes echó de ver que podia beber en su mano, arrojó la copa lejos de sí como un mueble inútil.

No es menor el desden que profesa á los bienes mundanales el traperero filósofo.

Un traperero demasiado cargado de aguardiente fué el que dirigió á su sombrero que se le habia caido, estas palabras de una lógica incontestable:

— No te recojo, porque si te recogiera me caería yo, y caido yo, tú no me recogerías...

Casi siempre sucede que el traperero despues de haber adoptado su oficio por necesidad, le continúa por inclinacion, pues le agrada la vida nómada tan independiente.

Sometido á todas las privaciones, es orgulloso porque se siente libre.

Es de ver con qué altanería habla al traficante á quien lleva su cosecha.

— Si no te conviene el precio, me largo á otra parte.

Y hace que se despide.

Seria preciso no tener 7 francos en el bolsillo, que es lo que cuestan el cesto y el gancho, para privarse de ese recurso al alcance de todo hombre que goza de buena salud.

El cesto, forrado en la parte que toca la espalda, es el instrumento de trabajo, el accesorio forzoso de todo traperero que tiene licencia.

El merodeador que ejerce sin permiso de la Prefectura, no lleva mas que un maniquí, otra especie de cesto con correas.

Este es el traperero de contrabando.

El verdadero *artista* comienza su trabajo tarde, por la noche, y no vuelve á su guarida hasta las dos ó las tres de la madrugada, segun la suerte que ha tenido. Todo traperero inteligente se mantiene en buenas relaciones con las criadas del barrio en que opera, á fin de que le sirvan bien cuando vacian en la calle la basura.

Al cabo de algunas horas de sueño procede al escogimiento.

— Pero ¿cómo puede vivir el traperero? preguntarán los que no conocen los secretos del oficio. ¿Para qué sirve su inmunda mercancía?

La contestacion es bien fácil. Los viles restos que levanta del fango son como las feas crisálidas que toman alas diáfnas y formas elegantes.

Todo lo que el traperero recoge en las calles, sirve para la industria. E. F.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CÁRLOS DICKENS.

(Continuacion. — Véase el número 1,000).

El herrero estaba sentado en medio de todas estas delicias y otras muchas como el sol que les comunicaba su brillo, como el centro del sistema rodeado de satélites, como el manantial de la luz, del calor, de la vida y de la alegría viva y franca que animaban toda la casa.

¿Y qué diremos de Dorotea? No era la Dorotea que conocéis, no: era preciso verla entrar del brazo de José, y era preciso ver cómo se esforzaba para no manifestar que se avergonzaba de todo; cómo hacia ver que nada le importaba sentarse á su lado en la mesa; cómo acariciaba al herrero diciéndole dulces palabras al oido para suplicarle que no la hiciera mas bromas; cómo le iban y venian los colores á la cara en una agitacion de placer continuo, que la hacia ver todo al revés, y esto de una manera tan graciosa, que no extrañó que el herrero dijese á su mujer cuando se retiraron para ir á acostar, que hubiera estado allí veinte y cuatro horas seguidas mirando á su hija sin cansarse.

¿Y qué diremos de los recuerdos con que se recrearon hasta muy entrada la noche; del aire jovial con que el herrero preguntaba á José si se acordaba de aquella noche de tempestad en que salió en busca de Dorotea; de las carcajadas de todos ellos con motivo de aquella noche en que se habia ido Dorotea en la silla de manos; de la malicia con que se burlaban sin compasion de la señora Varden por haber dejado en la ventana las famosas flores al raso; del trabajo que costó al principio á la herrera el tomar parte en la risa general que se permitian á su costa y el desquite que se tomó con su buen humor; de las declaraciones de José sobre el dia y la hora á punto fijo en que advirtió por primera vez que estaba enamorado de Dorotea, y de las confesiones que hizo Dorotea ruborizándose, medio por fuerza, medio voluntariamente, sobre el momento en que descubrió que no le disgustaba José? ¿Qué fondo tan inagotable de conversacion animada!

Por otra parte, ¡la herrera tenia que decir tantas cosas sobre sus dudas, sus alarmas maternas y sus prudentes sospechas!... Porque parece, segun declaró la señora Varden, que nada se habia escapado nunca á su penetracion y extrema sagacidad.

¿Como si no hubiera estado al corriente de todo desde la cruz á la fecha! ¿Como si no lo hubiera adivinado todo á la primera mirada! ¿Como si no lo hubiera pronosticado siempre! ¿Como si no hubiera sido la primera en advertirlo, aun antes que los dos jóvenes!

¿No lo habia dicho bien claro? ¿No recordaba sus propias expresiones: « José Willet mira mucho á Dorotea y yo he cogido sus miradas al vuelo? »

¡Oh! si; lo habia observado todo, y hasta habia reparado en una multitud de pequeñas observaciones, que enumeraba una tras otra, tan excesivamente minuciosas, que nadie, á excepcion de ella, podia sacar deduccion alguna ni aun en aquel momento. En una palabra, desde el principio hasta el fin habia desplegado una habilidad infinita, en comparacion de la cual era juego de niños la táctica del general mas consumado

Naturalmente no se dejaron en el tintero la noche en que José habia montado á caballo para acompañarles á su regreso, y en que la herrera insistió para que se volviese á su casa, así como tampoco la noche en que Dorotea se puso enferma al oír el nombre de su amante, y las mil y mil veces que la señora Varden, modelo siempre de prudencia y vigilancia, la habia sorprendido muy triste y cavilosa en su cuarto.

En resumen, nada se olvidó, y siempre de una manera ú otra se volvió á la conclusion de que la hora presente era la mas venturosa de su vida, y que por consiguiente todo habia sucedido á pedir de boca y no podia imaginarse nada que acrecentase su felicidad.

Mientras se hallaban en lo mejor de la conversacion, hé aquí que resuena un formidable aldabonazo en la puerta de la tienda que habian tenido cerrada todo el dia para evitar las visitas importunas, y José, que sabia muy bien su deber para permitir que nadie bajase á abrir estando él allí, se apresuró á salir del comedor.

Confieso ingenuamente que hubiera sido muy extraño que José hubiese olvidado el camino de la puerta, y aun cuando así hubiera sucedido, era bastante ancho y muy recto para que fuese fácil equivocarlo. Esto no obstó para que Dorotea, tal vez porque estaba bajo la influencia de esa agitacion de ánimo á la cual acababan de entregarse todos, ó tal vez porque temiera que como solo tenia un brazo José no pudiera abrir, no creo que tuviese otras razones, lo cierto es que corrió en pos de su amante, y estuvieron tanto rato parados en el corredor, supongo que era porque José la suplicaba que no se expusiese á una corriente de aire (en julio) que iba infaliblemente á entrar por la puerta cuando se abriera, que el golpe se repitió con tal fuerza que se estremeció toda la casa.

— ¿No abris la puerta? gritó el herrero. ¿Tendré que ir yo?

Entonces Dorotea volvió al comedor encendido el rostro hasta en el fondo de sus hoyuelos, y José abrió con un estrépito terrible y otras demostraciones supérfluas para hacer ver la prisa que se daba.

— ¿Quién es? dijo el herrero al ver entrar á José. ¿Por qué te ries?

— Por nada, señor, mirad lo que viene.

— ¡Lo que viene! ¿Qué es lo que viene?

La señora Varden, tan confusa como su marido, solo pudo responder con un movimiento negativo de cabeza á la mirada del herrero que parecia pedirle una explicacion.

El herrero volvió el sillón para ver mejor la puerta que contempló con ojos de á palmo con una esperanza de curiosidad á la par que de sorpresa que brotó de su rostro jovial.

En vez de ver aparecer inmediatamente una ó varias personas, no oyó mas que diversos sonidos notables, primero en la tienda y despues en el pasillo que la separaba del comedor, como si trajesen algun mueble pesado haciendo fuerzas humanas superiores á su peso.

Finalmente, despues de varios esfuerzos y de descargar golpes contra las paredes, la puerta se abrió como con un golpe de ariete, y el herrero, que miraba con atencion lo que venia detrás de un enorme baul, se dió una palmada en la pierna, arqueó las cejas, abrió la boca y exclamó con voz profundamente consternada:

— ¡El diablo me lleve si no es Miggs que vuelve!

Apenas oyó estas palabras la señorita cuyo nombre acababa de pronunciar, cuando, dejando en la puerta un muchacho de diez á doce años y el enorme baul que la acompañaban, se adelantó con tanta precipitacion que se le cayó el sombrero de la cabeza, se arrojó en actitud melodramática, cruzó las manos en las cuales llevaba un par de zapatos, uno en la derecha y otro en la izquierda, alzó los ojos al techo y derramó un torrente de lágrimas.

— Siempre la misma, dijo el herrero mirándola con inexplicable disgusto. Esta muchacha ha nacido para ser estripa-cuentos y turba-placeres; no hay medio de librarse de ella.

— ¡Oh! ¡amo mio! ¡Oh! ¡ama mia! exclamó Miggs. No puedo reprimir mis sentimientos en estos felices instantes de reconciliacion general. ¡Oh! señor Varden, ¡cuántas bendiciones en nuestra familia! ¡Cuántos perdones para las injurias! ¡Qué bueno y amable sois!

El herrero dirigia sus miradas de su mujer á Dorotea, de Dorotea á José y de José á Miggs con las cejas siempre arqueadas y la boca abierta, y cuando se fijaron en Miggs... se paró fascinado.

— ¿Quién habia de figurarse, exclamó Miggs en un acceso de alegría frenética, que el señor José y la querida señorita Dorotea se habian de volver á ver despues de todo lo que se habia dicho en contra? ¿Qué delicia es verles sentados uno junto á otro, tan graciosos, tan amables y tan reconciliados! ¡Y yo no lo sabia y no estaba aquí para hacerles y servirles el té! ¡Oh! ¡cuánto lo siento! Pero no importa, esta sorpresa me causa sensaciones muy agradables.

Sea porque juntó las manos, sea en un éxtasis de alegría piadosa, la señorita Miggs hizo chocar un zapato con otro en aquel momento como un par de platillos, despues de lo cual continuó con su acento mas meliflúo:

— La señora no creeria sin duda... ¡Oh! ¡Dios del cielo! ¿lo habrá creído?... que su fiel Miggs, que la ha sostenido en todas sus pruebas en épocas en que los demás, con las mejores intenciones del mundo,

pero con un proceder tan cruel, daban ataques continuos á su sensibilidad... no, no habrá creído que Miggs la abandonaría. No, no ha podido creer que Miggs, aunque es una criada (porque sé muy bien que el *servicio ajeno no es una herencia*) olvidaría jamás que había sido el humilde instrumento que servía á ponerles en paz en sus pequeñas rencillas conyugales, y que era la que hablaba siempre al amo de la dulzura y la paciencia de cordero de su ama. No, no ha podido creer que Miggs no era susceptible de fidelidad; no, no ha podido creer que Miggs era tan solo sensible al salario y á los regalos.

A todas estas frases pronunciadas con una elocuencia cada vez mas patética, la herrera no respondió una palabra, pero Miggs, sin intimidarse por esta fria acogida, se volvió hácia el muchacho que había traído para que la ayudase (era el primogénito de sus sobrinos, el hijo de su hermana casada, que había nacido en la plaza del *Leon de Oro*, número 27, y se había educado á la sombra del segundo cordon de campanilla á mano derecha), y abusando del pañuelo de bolsillo para enjugarse la sensibilidad, se dirigió á él para suplicarle que cuando volviera al lado de sus padres les consolase de la pérdida de su tia, haciéndoles un relato fiel de la acogida que había merecido en el seno de la familia del herrero, en la cual no ignoraban los antedichos parientes que había fijado sus mas caras afecciones; les recordase que había sido preciso nada menos que el sentimiento imperioso del deber y de su adhesión á su amo y á su ama, así como á Dorotea y á José, para rehusar la invitación apremiante que sus parientes, como podía justificarlo, le habían hecho de dormir, comer y beber en su compañía durante toda la vida sin retribucion de ninguna clase; finalmente, que la ayudase á subir el baul, y se volviese á su casa directamente con su bendicion y su ruego de mezclár en sus oraciones de mañana y tarde la peticion al Todopoderoso de que hiciera de él algun dia un herrero ó un José y le diera por parientas y amigas á la señora Varden y á la señorita Dorotea.

Después de terminar esta amonestacion muy inútil por otra parte porque es forzoso declarar que el muchacho, á quien iba dirigida, no prestó la menor atencion, porque todas sus facultades mentales estaban segun parecia en aquel momento engolfadas en la contemplacion de las golosinas que había sobre la mesa, la señorita Miggs anunció á la familia en general que perdonasen porque volvía en el acto, y con el auxilio de su sobrino se preparó á subir el baul á la guardilla.

— Marta, dijo el herrero á su mujer, ¿es ese vuestro deseo?

— ¡Mi deseo! respondió la herrera. Me sorprende... me asombra su audacia. Que salga de casa... pero pronto.

Miggs al oír esto dejó caer pesadamente el extremo del baul, lanzó un sordo gruñido, se cruzó de brazos, torció la boca y exclamó en escala ascendente tres veces seguidas:

— ¡Misericordia!

— Ya oís lo que dice vuestra ama, muchacha, repuso el herrero. Creo que hareis bien en marcharos. Tomad, tomad esto en recuerdo de vuestros servicios.

Miggs aceptó el billete de banco que el herrero había sacado de la cartera para dárselo, se lo guardó en la bolsa de cuero encarnado que hundió en su bolsillo, en cuya operacion dejó descubierta una parte considerable de refajo de lana amarillo y enseñó mas trozo de media de algodón negro de lo que se acostumbra á exponer al público, y movió despues la cabeza mirando á la señora Varden y repitiendo:

— ¡Misericordia!

— Me parece, muchacha, dijo el herrero, que á no equivocarme habeis repetido cuatro veces esa exclamacion.

— Por lo que veo han cambiado los tiempos, mi ama, dijo Miggs irguiendo la cabeza: segun parece, podeis ahora pasaros sin mí, no me necesitais para sujetarles las riendas, y no os hace falta una víctima para atormentarla con vuestros gritos y lloriqueos. Me alegro de que seáis tan independiente; os doy mi mas completa enhorabuena.

Entonces hizo una reverencia, y con la cabeza muy erguida, el oído vuelto hácia la señora Varden y la mirada fija en los demás, á medida que dirigía á uno ó á otro alguna alusion especial en sus reflexiones, continuó de esta suerte:

— Sí, os doy mi enhorabuena, y me alegro infinito de que por ahora goceis de tanta independencia, aunque no puedo menos de compadeceros, mi ama, viéndolos reducida á tanta sumision no teniendo aquí nadie que os defienda. ¡Ji, ji, ji! ¡Cuánto debeis sufrir... especialmente si se recuerda todo el mal que deciais siempre de José... al tener que admitirlo por yerno! Y me asombra que Dorotea haya hecho buenas migas con él despues de todas sus coqueterias con el cochero. Es verdad que he oído decir que el cochero reflexionó el negocio... ¡Ji, ji, ji! y que confió á uno de sus amigos que no era tan necio para caer en el garlito, á pesar de los esfuerzos extraordinarios que ella y toda su familia hacían para pescarle.

Se paró para esperar una réplica, y no recibiendo-la, continuó su filípica:

— Tambien he oído decir, mi ama, que había señoras cuyas enfermedades eran fingidas, y que saben caerse desmayadas y muertas de repente siempre que tienen este antojo. Ya podeis figuraros que no he visto yo tal cosa por mis propios ojos, no, no... ¡Ji, ji, ji!

ni el amo tampoco... no, no. ¡Ji, ji, ji! Tambien he oído decir á los vecinos que conocían á cierto hombre de muy buena pasta, que salió un dia de pesca para traerse una mujer, y solo pescó una cabeza de chorlito que ni era carne ni pescado. Ya podeis figuraros que yo por mi parte, al menos no lo recuerdo, no he conocido en toda mi vida á esta persona, ni vos tampoco, mi ama... ¡no, no! ¿Quién podrá ser?... ¿Qué decis á esto, señora? Estoy segura que lo mismo sabeis vos que yo. ¿No es cierto? ¡Ji, ji, ji!

Otra pausa de Miggs esperando una réplica.

Como la réplica no venía, estaba tan hinchada de despecho y de dolor, que á no haber llorado ó reído hubiera reventado. Se decidió pues por la risa, pero se reía con sarcasmo inexplicable.

— Tengo un gran placer en ver reír á la señorita Dorotea, exclamó con voz de falsete. Me gusta mucho ver reír á la gente... y á vos tambien, ¿no es cierto, mi ama? Siempre os ha causado mucho placer ver á los demás de buen humor, ¿no es cierto, mi ama? Creo sin embargo que no hay motivo para reír ni para estar tan alegre. ¿Qué os parece, mi ama? Despues de haber buscado tanto cuando no era mas que una muñeca, despues de haber gastado tanto en adornos y cintas, no creo que sea un Perú ganar en la loteria un pobre diablo sin camisa ni saber dónde caerse muerto... y manco por añadidura. ¿No es verdad, mi ama? ¡Ji, ji, ji! Por mi parte os confieso que no me gustaria un marido manco, y quisiera un hombre pobre que cuando menos tuviera dos brazos como Dios manda. Dos brazos no estarian de mas, aunque en vez de manos tuviese solo dos ganchos como el barrendero de enfrente de nuestra puerta.

Miggs iba á añadir y hasta había principiado ya á decir que al fin y al cabo un barrendero era un partido menos despreciable que un manco, aunque es verdad que cuando no hay que elegir es preciso tomar lo que se encuentra, y hasta es justo darse por contento; pero como sus insultos y su dolor eran de ese carácter amargo que desgarran el corazon sin poder aliviarse con palabras y exalta hasta la locura por no encontrar desahogo en la contradiccion, no pudo continuar y estalló en una tempestad de lágrimas y sollozos.

Reducida á este extremo, se arrojó contra su sobrino, y arrancándole un puñado de cabellos que le quedaron en la mano, declaró que deseaba saber si queria hacerla esperar mucho tiempo mientras la insultaban, si tenia ó no intencion de ayudarla á llevar el baul ó si se complacia en oír vilipendiar á su familia.

Omitiré otras muchas imprecaciones que dirigió al pobre muchacho, y diré únicamente que la víctima de estas provocaciones humillantes se había sentido poco á poco impulsado á la rebelion de puro devorar con sus ojos un pastelillo sobre el cual no podía echar la mano, y salió corriendo y lleno de indignacion del comedor, dejando allí á su tia luchando con el baul y en libertad de quedarse ó de seguirle.

Finalmente, tanto estiró y empujó, que llegó á la puerta de la calle, y casi sin aliento, encendida como unas ascuas, agotadas sus fuerzas, bañada en lágrimas y en otro líquido que salía de sus narices, se sentó sobre su propiedad para calmar su dolor hasta que pudo encontrar otro pilluelo que la ayudase hasta su casa.

— No te aflijas por tan poca cosa, Marta, riete de sus necesidades, dijo el herrero al oído á su mujer siguiéndola á la ventana y enjugándola las lágrimas con bondad. ¿Qué nos importa? Hace ya mucho tiempo que reconociste tus yerros. ¡Ea! bebamos otra copa de vino, Dorotea cantará, y esta interrupcion solo servirá para aumentar nuestra alegría.

LXXXI.

Un mes despues, en uno de los últimos dias de agosto, M. Haredale se hallaba solo en la administracion de la diligencia-correo de Bristol.

Aunque apenas habían trascurrido algunas semanas desde su conversacion con Eduardo Chester y su sobrina en casa del herrero, se advertía en su exterior un cambio muy notable; parecia mas viejo y abatido.

La agitacion y la inquietud traen al hombre las arrugas y las canas, pero el desprendimiento secreto de nuestros antiguos hábitos y el rompimiento de los lazos que nos son caros y familiares, dejan huellas mucho mas profundas. Nuestros afectos no son tan fáciles de herir como nuestras pasiones, pero el golpe profundiza mas y la herida reclama mas tiempo para cicatrizarse. M. Haredale era un hombre solitario, y el corazon que latía en su pecho no sentía tampoco mas que aislamiento y tristeza.

La reclusion y el destierro á que se había condenado durante tantos años debían hacerle ver menos penosa su soledad actual, pero no había hecho mas que excitar su sensibilidad, y tal vez le hubiera convenido entregarse por algun tiempo á las distracciones del mundo. Estaba tan confiado en que no le faltaria nunca la compañía de su sobrina, la había amado tanto, había llegado á ser una parte tan preciosa é importante de su existencia, y habían tenido juntos tantos pesares y satisfacciones en que nadie había tomado parte con ellos, que perderla era entonces para él volver á principiar la vida. ¿En dónde encontraría para este nuevo ensayo la esperanza y la elasticidad

de la juventud para triunfar de las dudas, de la desconfianza y del desaliento de la vejez?

El esfuerzo que había hecho para fingir al separarse de ella alegría y esperanza... el dia anterior se habían despedido... había agotado las fuerzas de su alma. Bajo el imperio de estos sentimientos iba á volver á Londres por vez postrera, pues queria dirigir una mirada á los muros ahumados de su casa antes de alejarse de ella para siempre.

Era un viaje que en nada se parecia á lo que vemos en el dia. Sin embargo, Haredale llegó á Londres, tomó una habitacion en la posada donde paraba la diligencia, y resolvió antes de acostarse no anunciar á nadie su llegada, pasar tan solo una noche en la capital y evitarse la tristeza de una despedida hasta con el honrado herrero.

La disposicion de ánimo en que se encontraba al acostarse fué causa de los extravíos de la imaginacion y de visiones desordenadas, y así lo advirtió con el horror que experimentó al despertarse sobresaltado de su primer sueño y al correr á la ventana para desvanecer su turbacion con la presencia de algun objeto fuera del aposento que no hubiera sido, por decirlo así, testigo de su sueño. Sin embargo, no era un terror hijo de su sueño de aquella noche, porque se había presentado ya muchas veces á sus ojos bajo mil formas, se le había aparecido en otro tiempo con frecuencia y había ido á buscarle en la almohada con feroz insistencia.

Si no hubiese sido mas que un objeto asqueroso, un espectro fantástico que le persiguiera en el sueño, la renovacion de esta pesadilla bajo su antigua forma no hubiera despertado en él mas que una sensacion de temor momentáneo que se habría desvanecido al abrir los ojos; pero la vision era desapiadada, no queria huir, se resignaba á todo; cuando cerraba los párpados, revoloteaba en torno suyo; á medida que se quedaba abismado en el sueño, sabía que adquiría fuerza y consistencia y que volvía gradualmente á su reciente forma, y cuando saltaba del lecho, el mismo fantasma disipándose en su cerebro inflamado, le dejaba presa de un miedo contra el cual era impotente la reflexion.

Había asomado el sol antes que M. Haredale hubiese podido ahuyentar estas impresiones.

Se levantó tarde, pero cansado, y permaneció en su cuarto todo el dia.

Tenia deseos de ir aquella tarde á hacer la última visita á su antigua quinta, porque era la hora en que acostumbraba dar un paseo, y queria volverla á ver bajo el aspecto que le era mas familiar.

Salió pues de la posada á la hora que le permitía llegar antes de ponerse el sol, y se encontró en medio de una calle concurrida.

Apenas había dado algunos pasos, andando pensativo al través de la animada multitud, cuando sintió una mano en el hombro, y reconoció al volver la cara á uno de los mozos de la posada que le dijo:

— Perdonad, caballero, pero os habeis olvidado la espada.

— ¿Por qué me la traeis? preguntó tendiendo la mano, pero sin tomar el arma y mirando al criado con expresion agitada y sombría.

— Siento mucho haberos molestado, caballero, dijo el mozo; volveré á llevarla á casa. Habiais dicho que ibais á dar un paseo por el campo y que volveriais tarde, y como los caminos no son muy seguros para un viajero solo que se retira entrada la noche, y como desde la rebelion los bandidos toman mas que nunca precauciones infinitas y van siempre armados, hemos creído, caballero, que no siendo de Londres os habeis figurado que los caminos eran mas seguros de lo que son en realidad; pero sin duda conoceis bien el país ó llevais armas de fuego.

Haredale le interrumpió tomando la espada, se la ciñó, dió las gracias al mozo y continuó su camino.

Se recordó mucho tiempo despues que hizo todo esto de una manera tan extraña y con mano tan trémula, que el mozo se quedó mirándole, mientras seguía su camino, vacilando sobre si debía seguirle para vigilarle; se recordó tambien que le habían oído pasearse por su aposento á grandes pasos en las altas horas de la noche, que los criados hablaron á la mañana siguiente de su palidez y su aspecto febril, y finalmente, que cuando el mozo que le había llevado la espada volvió á casa, había dicho á uno de sus compañeros que tenía como un peso en el estómago de todo lo que había observado en aquel intervalo, y que temía que aquel caballero iba á suicidarse y que no volverían á verle en toda la vida.

M. Haredale, casi seguro de que su turbacion había llamado la atencion del criado, apresuró el paso, subió en un coche de alquiler para que le condujeran de ida y vuelta hasta la aldea de Chiqwell, y cuando llegó á este punto bajó para continuar á pié su camino hasta La Garenne.

Pasó tan cerca del Maypole, que pudo ver subir el humo de la chimenea por encima de la copa de los árboles, en tanto que una bandada de palomas... sin duda de sus antiguos habitantes antes del incendio... desplegaban alegremente sus alas para volver al palomar y le ocultaban el cielo.

— La vetusta casa va á rejuvenecerse, dijo mirando hácia el meson, y habrá allí un alegre hogar bajo su tejado cubierto de hiedra. No deja de ser un consuelo el pensar que no todo son ruinas en las cercanías. Me alegraré al menos de tener un cuadro no tan sombrío y solitario donde repose mi alma.

Continuó su marcha dirigiéndose hácia La Garenne.

¡Qué tarde tan hermosa, tan serena, tan tranquila y tan silenciosa! Ni un hábito del viento agitaba las hojas; solo se oía el rumor monótono de las campanillas de los corderos que pacían en el prado, y á intervalos el mugido lejano de las vacas ó el ladrido de los perros de la aldea. El cielo estaba esplendente de gloria y de tintas purpúreas, y en la tierra lo mismo que en el aire reinaba un profundo reposo.

Tal era la hora en que llegó al edificio abandonado que durante tantos años había sido su morada, y se paró á contemplar por vez postrera sus paredes ennegrecidas por las llamas.

La ceniza del fuego mas comun inspira siempre al alma una emocion melancólica, porque encierra el recuerdo de alguna cosa que ha estado viva y animada, y que no es mas que polvo inerte, frio y odioso, una imágen de muerte y destruccion que atrae á pesar nuestro nuestra simpatia. Pero ¡cuánto mas tristes son aun los restos dispersos de una casa que fué la nuestra, consumida por el incendio, la caída del grande altar doméstico, donde los mas malvados celebran á veces el culto secreto del corazón, y donde los buenos han ofrecido tan nobles sacrificios y consumado actos de heroismo, que si los registrara la historia, obligarian á ruborizarse ante ellos á los templos mas orgullosos de la antigüedad con sus pretenciosos anales!

Salió de su profunda meditacion para pasear á paso lento en torno del edificio.

Principiaba á anochechar.

Habia dado casi toda la vuelta, cuando exhaló una exclamacion medio ahogada, se estremeció y permaneció inmóvil.

Vió apoyado en actitud tranquila, con la espalda contra un árbol y contemplando las ruinas con una expresion de placer... de placer tan vivo, que, á pesar de su indolencia habitual y la vigilancia que sabia ejercer sobre sus facciones, su alegría brillaba en su rostro, libre de toda reserva y triunfando de todos los infortunios y todas las contrariedades, vió á pocos pasos de distancia al hombre cuya presencia esperaba menos en aquel sitio.

Aunque su sangre se sublevaba contra aquel hombre y aunque su rabia hervía con tanta violencia en su alma que le hubiese dado muerte en el acto, tuvo bastante dominio sobre sí propio para contenerse; y pasó sin pronunciar una palabra y sin mirarle.

Sí, é iba á continuar, y ni siquiera hubiera vuelto el rostro porque queria resistir al demonio que turbaba su cerebro con horribles tentaciones, y no era un esfuerzo fácil, si el imprudente no le hubiese obligado á detenerse con una voz de compasion tan afectada que le volvió casi loco y le hizo perder en un momento toda la paciencia que había querido conservar, á pesar de su angustia, de la mas punzante é irresistible de todas las angustias.

En un instante la reflexion, la compasion, la clemencia, todo lo que puede contener la rabia y el enojo de un hombre estimulado por la venganza, todo desapareció en el momento de volver el rostro.

Y sin embargo, le dijo lentamente y con la mayor calma:

— ¿Por qué me dirigís la palabra?

— Para haceros observar, dijo sir Chester con su sangre fria característica, la chistosa casualidad que nos hace encontrar aquí.

— Sí, es una casualidad extraña.

— ¡Extraña! Sí, es lo mas notable y singular del mundo. Nunca paseo á caballo por la tarde; es costumbre que sigo hace muchos años, y sin embargo hoy me ha dado este capricho. ¿Sabéis cuándo me ha ocurrido esta idea peregrina? Esta noche... me hallaba desvelado, y fué proyectado mi paseo. ¡Qué pintoresco es esto!

Y le indicaba al mismo tiempo el edificio arruina-

— No es difícil adivinarlo. ¿Veis esas vigas vacilantes, veis por do quiera el estrago del fuego y del humo, veis el espíritu de destruccion que se ha desencadenado aquí?

— Amigo mio, respondió sir Chester, reprimiendo con un ademán el ardor de Haredale; ¿no he de verlo? Veo todo lo que me decís cuando os poneis de lado y no me privais la vista. Lo siento en el alma, querido amigo. Si no hubiera tenido el gusto de encontraros aquí, creo que os hubiera escrito para describiroslo. Pero perdonad que os hable con la franqueza que me caracteriza y os diga que no soportais esta desgracia con tanta resignacion como esperaba de vos... Me he llevado un solemne chasco.

Y sacando la caja, tomó un polvo y continuó con el aire de superioridad de un hombre que, á causa de su carácter mas elevado, se reconoce con derecho para dar una leccion de moral:

— Porque sois un filósofo... y hasta de esa secta de filósofos austeros y rígidos que son muy superiores á las flaquezas de la humanidad en general. ¡Estais tan distante de todas las frivolidades del mundo! Sé muy bien que las mirais desde lo alto de vuestra serenidad y os burlais de ellas con amargura y elocuencia catoniana.

— Tal vez no os equivocais.

— Gracias por la lisonja. ¿Queréis que demos un paseo y hablemos un rato? Lo digo porque el relente no es muy saludable. ¿No? Bien; como gustéis. No obstante, siento en el alma deciros que solo puedo concederos un momento.

— ¡Ojalá no me hubiérais dado ninguno! ¡Ojalá, lo digo con toda mi alma, os hubiérais ido al cielo, si es posible proferir esta mentira, antes de venir aquí esta tarde!

— No lo creo yo así, respondió sir Chester, y no os haceis justicia, porque aunque vuestra compañía no es muy agradable que digamos, no quisiera ir tan lejos para evitarla.

— ¡Escuchadme! dijo Haredale.

— ¿Vais á burlaros?

— No, quiero recordaros toda vuestra infamia. Habeis instado y solicitado para consumir vuestra obra á un agente muy capaz, pero que por carácter, por esencia tal vez, no es mas que un traidor, y que os ha vendido á pesar de la mútua simpatia que os aproximaba á ambos, como ha vendido á todos los demás; sí, por medio de alusiones de palabras indirectas que nada significan cuando se repiten, habeis empujado á Gashford á la obra... á esa obra que estais contemplando. Sí, merced á esas alusiones y á esas palabras

indirectas que nada significan cuando se repiten, le habeis alentado á saciar el ódio mortal que me tiene y que á Dios gracias me lisonjeo de no haber merecido. Le habeis alentado á saciarlo con el rapto y el deshonor de mi sobrina. Lo habeis hecho, lo veo en vuestro rostro, exclamó designándole con la mano y dando un paso atrás; lo negais, pero solo podeis negarlo con una mentira.

Se había llevado la mano á la empuñadura de la espada, pero sir Chester le respondió con frialdad y con una sonrisa de desprecio:

— Observad, caballero, si os queda bastante juicio para hacerlo, que no me he tomado el trabajo de ne-



TRAJES DEL CANTON DE BERNA. — En la ciudad.

do, y se ayudaba del lente para poder ver mejor. — Veo que no os perturba el contemplar vuestra obra, dijo M. Haredale.

Sir Chester soltó el lente, miró á Haredale con la expresion mas cortés, como para pedirle una explicacion, y al mismo tiempo movia ligeramente la cabeza como si á sí propio se dijera: « Este hombre se ha vuelto loco. »

— Os repito que no os perturba contemplar vuestra obra.

— ¡Mi obra! dijo sir Chester mirando en torno suyo con aire risueño. ¿Mi obra? Perdonad... pero no adivino...

gar nada. No os creo con suficiente discernimiento para leer en las fisonomías, á no ser en las que son tan groseras como vuestro lenguaje; y si mal no recuerdo, nunca habeis tenido ese don, pues de lo contrario conocí una cara en la que hubierais podido leer mas bien la indiferencia, por no decir la repugnancia. Me refiero á una época muy lejana..... pero me comprendéis.

— Disimulad cuanto gustéis, pero eso no obsta para que lo neguéis. Que sea una retractacion clara ó equívoca, expresada ó tácita, no por eso deja de ser una mentira, porque, ya que decís que no lo negais, ¿lo concedéis?

— Vos mismo, respondió sir Chester continuando como si no hubiera sido interrumpido, vos mismo describisteis el carácter de ese caballero á quien aludís, creo que era en Westminster, en términos que me dispensa defenderle ni atacarle. Tal vez teniais excelentes razones para hacerlo, tal vez no, y os confieso que no importa; pero suponiendo que dicho caballero fuera tal como vos le describís, y que os hubiera hecho á vos ó á otro cualquiera declaraciones que puede haberle sugerido el cuidado de su propia seguridad, el deseo de divertirse ó cualquiera otra consideracion... todo lo que puedo decir de él es que los que le emplean no pueden eximirse de la acusacion de participar del baldon de ese ser degradado. Vos sois muy franco, y espero por consiguiente que me excusareis por mi franqueza.

— Os repito, sir Chester, que son vanas vuestras excusas y circunloquios, dijo M. Haredale. Cada una de vuestras palabras, de vuestras miradas, de vuestros ademanes está calculada para hacer creer que no es cierto el hecho de que os acuso. Pues bien, sostengo lo contrario, y digo que habeis seducido á ese hombre y á vuestro desgraciado hijo (que Dios haya perdonado) para incendiar mi casa y deshonor á mi sobrina. Hablais de degradacion y bajeza de carácter, pero ¿no me dijisteis un dia que habiais comprado la ausencia del pobre idiota y de su madre, siendo así que descubri después lo que sospechaba, que habiais ido para sobornarles y habian partido ya cuando fuisteis á verles? A vos tan solo debo atribuir las pérfidas insinuaciones de que la muerte de mi hermano habia sido provechosa para mí, así como todos los ataques odiosos y las calumnias secretas que después se propalaron. Y no hay acto de mi vida, desde aquella primera esperanza que trocásteis en luto y desconsuelo, en que no os haya encontrado entre la paz y yo como mi genio maléfico. En todo y por todo habeis sido siempre el mismo, un hombre sin corazon, un hipócrita, un villano indigno. Por la segunda y última vez os arrojo á la cara estas acusaciones, y os rechazo con desprecio como á un perro, como á un hombre falso y desleal.

Al mismo tiempo alzó el brazo y le descargó en el pecho un golpe tan rudo que le hizo bambolear.

Apenas volvió en sí sir Chester del asombro que le causó este ultraje desenvainó la espada, arrojó á lo lejos la vaina y el sombrero, y precipitándose sobre su adversario le descargó en el pecho una furiosa esto-

cada que le hubiera derribado sin vida al suelo á no haberla evitado con un quite rápido y enérgico.

Al insultar á sir Chester, Haredale habia como desahogado su furia, y se contentaba ya con parar las estocadas aconsejándole con una especie de terror frenético pintado en su rostro que no adelantase un paso mas, y gritando:

— ¡Esta tarde no... en nombre del cielo, esta tarde no!

Y viendo sir Chester que bajaba el arma, decidido á no defenderse, bajó tambien la suya.

— Esta tarde no, repitió Haredale, aprovechad mi consejo.

te y al pié de la letra, falta á ella y aprovecha la ocasion de efectuar el enlace para desembarazarse de una carga que le pesaba y dar á su familia un lustre mal adquirido.

— He obrado, dijo Haredale, con honra y de buena fe, y obro de la misma manera ahora aconsejándoos que no me obliguéis á continuar el desafio esta tarde.

— Habláis no ha mucho de mi desgraciado hijo, si no me equivoco. ¡Nécio! ¡Dejarse burlar por semejante hipócrita... dejarse coger en las redes de semejante tío y semejante sobrina! Teneis razon en compadecerle. Pero ya no es hijo mio. Os doy la enhorabuena, caballero, por la magnífica adquisicion que

habeis hecho, pues honra vuestra astucia.

— Por última vez, gritó su enemigo dando una patada en el suelo en un acceso de rabia; aunque seais capaz de hacerme renegar de mi ángel bueno, os suplico que no provoquéis esta tarde mi furor. ¡Qué desgracia que hayais venido aquí! ¿Por qué nos hemos encontrado? Mañana nos hubiéramos separado para siempre.

— Pues si es cierto lo que decís, repuso sir Chester sin la menor emocion, me alegro de que nos hayamos encontrado esta tarde. Haredale, siempre os he despreciado, ya lo sabeis, pero os creia capaz de una especie de valor brutal. En honor de mi opinion, en la cual he tenido siempre confianza, siento ver que no sois mas que un cobarde.

Después de este insulto, no medió ya entre ambos palabra alguna. Cruzaron los aceros á pesar de la oscuridad y se atacaron con encarnizamiento.

Cada cual empuñaba una buena espada.

Al cabo de algunos segundos, se animaron hasta ponerse furiosos, estrecharon las distancias, y se hicieron heridas leves.

Inmediatamente después de haber recibido una en el brazo, Haredale, al sentir la sangre cálida que se deslizaba hasta la mano, atacó con ciego furor á su adversario y le hundió la espada hasta el puño al través del cuerpo.

Sus ojos se encontraron muy cerca uno de otro cuando sacó su arma humeante.

Haredale abrazó al moribundo para sostenerle, pero sir Chester le rechazó y cayó en el césped.

Se incorporó entonces con las manos, contempló á Haredale un momento con expresion de odio y desprecio, pero acordándose al parecer aun en aquel instante que esta expresion afearía sus facciones después de su muerte, se esforzó en sonreír, y moviendo su desfallecida diestra, como para ocultar en

el chaleco la camisa ensangrentada, cayó de espaldas. Habia espirado...

Era el fantasma de la noche anterior.

LXXXII.

Demos una mirada de despedida á los actores de esta historia que no han sucumbido en el curso de los acontecimientos, y habremos terminado.

M. Haredale huyó aquella misma noche. Antes que pudieran comenzar las pesquisas, y hasta antes que se advirtiese la desaparicion de sir Chester y corrie-



TRAJES DEL CANTON DE BERNA. — En el campo.

— Acabais de decirme, tal vez en un momento de inspiracion, repuso sir Chester con calma aunque habia arrojado la máscara para expresar en su rostro el odio, acabais de decir que me insultais por última vez. Podeis estar seguro de que será así. ¿Pensais acaso que he olvidado nuestra última entrevista? ¿Os figurais que no recuerdo cada una de vuestras palabras, cada una de vuestras miradas para no pedir os cuenta de ellas? ¿Quién de los dos ha elegido el momento? ¿Vos ó yo? Hé aquí el hombre honrado con su lenguaje de probidad, que después de contraer conmigo una obligacion para precaver una union que no parecia de su gusto, obligacion que he cumplido fielmen-

ran en su busca, su adversario había partido ya de la Gran Bretaña para un establecimiento religioso, célebre en Europa por el rigor y la severidad de su disciplina y por la penitencia inflexible que su regla imponía á los que iban á buscar en él un refugio contra el mundo. Allí hizo votos que le separaron para siempre de sus parientes y amigos, y despues de algunos años de remordimiento fué sepultado en los sombríos claustros del convento.

Trascurrieron dos dias antes que se encontrase el cadáver de sir Chester.

Luego que lo reconocieron y trasladaron á su casa, su apreciable ayuda de cámara, fiel á los principios de su amo, desapareció con todo el dinero y los objetos de valor que pudo llevarse consigo, con cuyo auxilio partió á una ciudad distante á darse infulas de perfecto caballero. En esta distinguida carrera tuvo un éxito completo, y hasta hubiera acabado por casarse con alguna heredera á no ser por un fatal auto de prision que ocasionó su fin prematuro; murió de una calentura contagiosa que hacia entonces grandes estragos, y que se llamaba tífus carcelario.

Lord Jorge Gordon, despues de haber estado preso en la Torre de Lóndres hasta el lunes 5 de febrero del año siguiente, fué juzgado en dicho dia en Westminster por crimen de alta traicion. Es verdad que despues de un sumario formal y detenido, fué absuelto de esta acusación por no haberse podido probar que habia agitado al pueblo con intenciones malévolas é ilegales, y por otra parte, existian aun tantas personas á quienes los desórdenes no habian servido de lección para moderar su falso celo, que se abrió en Escocia una suscripción para pagar las costas del proceso.

Durante los siete años siguientes permaneció tranquilo comparativamente, merced á la asidua intercesion de sus amigos, pero encontró de vez en cuando ocasiones para desplegar su fanatismo protestante con algunas demostraciones extravagantes que divirtieron mucho á sus amigos, y hasta fué excomulgado por el arzobispo de Cantorbery por haberse negado á comparecer como testigo por emplazamiento expreso del tribunal eclesiástico.

En el año 1788, impulsado por un nuevo acceso de locura, escribió y publicó un folleto injurioso contra la reina de Francia. Acusado de difamación, despues de haber hecho delante del tribunal diferentes declaraciones á cual mas violentas é insensatas, fué condenado y huyó á Holanda para evitar la pena que se le habia impuesto. Pero como á los buenos burgomaestros de Amsterdam no les lisonjaba mucho que digamos admitir semejante huésped, le enviaron á toda prisa á Inglaterra.

(Se concluirá.)

Trajes del canton de Berna.

Los viajeros que han visitado la Suiza hace treinta años y que la visitan hoy, deben extrañar el cambio que ha habido en el traje de los habitantes de los campos. Friburgo, Basilea, Soleure, Zurich y Lucerna, casi no tienen ya traje nacional; en suma, la mayor parte de las mujeres, tanto en las ciudades como en los pueblos de cierta importancia, han abandonado hace tiempo las vestiduras que les parecian molestas, y solo en los valles mas recónditos se encuentra todavia el traje original y característico.

En los dos dibujos que presentamos á nuestros lectores y que les darán una idea exacta de los trajes de Berna, la moda antigua está ya muy reformada. El primero es el que gastan las aldeanas de las cercanías de Thoune y de Interlaken. El cuerpo de la moza no está encerrado en un incómodo corsé, y su fresco semblante se resguarda de los rayos del sol con el enorme sombrero que tiene en la mano.

En cuanto al hombre que está hablando con ella, es un tipo indescriptible que ha representado con toda verdad nuestro dibujante.

Toda una novela se adivina en ese grupo de dos personas. Sin duda el padre trata de adivinar un secreto que se oculta cuidadosamente en el corazon de la jóven.

¿Triunfará en la lucha la astucia del viejo aldeano? Esto es lo que el artista no nos dice.

El segundo cuadro representa un lechero de las cercanías de Berna, y así es que el pintor no ha necesitado andar mucho para buscar sus modelos.

Entrambos apuntes, debidos al talento de M. Walch, tienen á nuestro juicio mas valor artístico que las figuras frias y estereotipadas que se ofrecen á los extranjeros como recuerdo de sus excursiones. En Suiza hay muchos coloristas que se llaman á si mismos *artistas y aficionados á las artes*, que ni siquiera conocen los primeros elementos de un estudio académico; así sucede que sus figuras presentan incorrecciones infinitas. Ahora bien, para dar tono á sus pobres producciones, las cargan de colorines, y estas son las obras artísticas que se venden, y muy caras, á los viajeros.

E. M.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 1,000.)

Pero aun resta esta eterna cuestion, esta pregunta zumbona, terrible, con su fórmula irónica y sus enigmas de trágico sentido. ¿QUÉ HARÁ DE ELLO? ¿Qué hará de qué? De todo lo que resta, de todo lo que el hombre, colocado entre el libre arbitrio y la predestinación, tiene permiso de disponer. No hagas solamente al vagabundo esa pregunta, hazla á cada uno de esos cuatro personajes que están reunidos delante de la cabaña, sobre ese puente volante llamado *Momento*. El tiempo está delante de ti; ¿qué harás de él? Consulta contigo mismo, pregúntaselo á los sabios. En el empeño loco de responder á esta pregunta, cuántos sueños hemos tenido en los colegios, que no se desvanecerán nunca enteramente. Aquella presciencia de los profetas en el Pur Tor de la Caldea, ó en el antro de Delfos, existe ahora en los obreros, de manos callosas, que intentan poseerla. En el corazon del populacho penetran ahora las reliquias de lo que fué en otro tiempo la ciencia secreta de los sabios, los andrajos de aquellos enigmas que el vulgo crédulo intenta penetrar. ¿Qué hará de ello? Pregúntádselo á Merle y á su cristal. Pero cae el telon. Un momento. ¡Miradlos! La ancianidad y la infancia, la pobreza y la riqueza, posicion social y vagancia, ciencia sagrada y augusta ambicion del predicador, fantasías de una razon que empieza á brillar, esperanzas de un talento maduro, recuerdos de una existencia herida, disgustos domésticos, sentimientos secretos, elegia y poema épico en esos suspiros reprimidos, á los cuales aun no ha prestado su voz la poesia, todo eso está por un momento personificado delante de vosotros, como un vislumbre para hacer formar alguna conjetura, y nada mas. El telon sigue cayendo, cae sin interrupcion. ¡Ya no se ve nada!

LIBRO SEXTO.

I.

Han trascurrido cinco años desde que esta historia dió principio. Volvemos á estar en el mes de junio, en ese mes en que despierta nuestro Lóndres en todo su esplendor, que llena de flores animadas sus bailes, y de mariposas humanas las aceras de sus calles. Son las seis de la tarde. Una multitud elegante se agita en Hyde-Park. A lo largo del paseo los carruajes marchan lentamente en fila. Cerca de las barreras se ven reunidos los espectadores ociosos, pero no están ociosos mas que en su actitud, porque sus ojos trabajan activamente y sus lenguas adquieren filo en la piedra de afilar del escándalo.

Entre los que pasean á pié se distingue á los desocupados de todas gerarquias de Lóndres, dandies que tienen ya una reputacion asegurada, jóvenes novicios en su primera estacion. Mas lejos, en el paseo reservado á los jinetes, se ven formas menos inanimadas, condenadas al parecer á un ejercicio activo. Algunas señoras parece que tienen por penitencia hacer galopar á sus caballos; viejos dandies, lanzados al trote, tienen el aspecto de seres condenados á trabajos forzados. Algunas veces en una frente mas inquieta, en un continente mas vivo, reconocéis á un miembro del Parlamento abrumado de negocios, que siguiendo el consejo de su médico, monta á caballo lo mas á menudo que le es posible, aprovechando ávidamente una hora ó dos en el intervalo comprendido entre la terminacion de su comité y el principio de la sesion pública, y que sabiendo que un orador muy pesado debe abrir la sesion, se dispensa de oír su discurso. Entre tan ociosos legisladores, sensible es tener que decirlo, se distingue aquel personaje que era en otro tiempo un modelo en la Cámara de los comunes, sir Jasper Stollhead. Una dispepsia horrible se ha apoderado de él, y le obliga en justo castigo de todos sus pecados « á descuidar sus deberes, » cabalga solitario, conferenciando consigo mismo y bosteza á cada momento. En las sillas colocadas para la comodidad del público bajo los árboles y á la parte del Norte del paseo hay algunos grupos y corrillos de gente ociosa.

Allí están las ladys Prymmes, Janet y Wilhelmina; Janet está mas gruesa, Wilhelmina ha enflaquecido; pero gruesas ó flacas, no por eso dejan de ser Prymmes. No les faltan caballeros alrededor, porque pertenecen á la aristocracia, y los jóvenes se envanece de que los vean hablar con damas tan distinguidas. Su coqueteria tiene algo de majestuosa y no se rebaja nunca hasta la intriga. Exigen obediencia, pero no pretenden que cada víctima se sacrifique en el altar de himeneo. Mas lejos lady Frosts y M. Crampe, el

chistoso, hablan amigablemente, dirigiéndose mutuamente mordaces sarcasmos; pero de cuando en cuando cesan de atacarse para clavar sus garras y sus dientes en la carne del enemigo comun, el amigo que pasa por su lado. Los Slowes, familia numerosa, pero taciturna, están á un lado, son saludados muy frecuentemente, pero raras veces se acerca á hablarles ningun conocido.

Mirad ese hombre de buena presencia, de treinta á treinta y dos años de edad, que reconocido por la mayor parte de los que pasean, parece descontento del paseo. Pasa delante de los grupos que acabamos de describir, saluda á las ladys Primmes, recibe un frio epigrama de lady Frost, un sarcasmo lacónico de M. Crampe, y cambia un saludo silencioso con los siete silenciosos Slowes. Anda de un lado para otro, levanta la cabeza, mira por todas partes. Evidentemente desanimado en sus investigaciones, se detiene de pronto, se quita el sombrero, se enjuga el sudor que baña su frente, lanza una exclamacion de impaciencia, y distinguiendo un poco mas abajo un árbol desmembrado y cubierto de polvo, bajo cuyas ramas hay un poco de sombra, pero ninguna silla, se dirige hácia él y se sienta en el suelo, sin pararse á pensar si aquello será tan conveniente en aquel sitio como en el cenador de madreSelva de la hosteria de una aldea.

— ¡Es divertido! dijo entre si. Ese precoz bribon me va á hacer echar la tarde á perros; me cita en este paseo á las seis menos diez minutos, prometiéndome una comida en Putney (pescado frito en una piquea con vistas sobre el Támesis), yo tengo la bondad de creerle y de ceder, contrario mis costumbres, abandono mi taller, donde hace tanto fresco, me quito mi blusa, con la cual estoy tan á mis anchas, aprisiono este cuello nacido libre en una corbata inventada por los Thugs, la canícula se aproxima, afronto temerariamente las abrasadas baldosas con frac negro y sombrero de ala estrecha, sacrificio tres chelines y seis peniques en un par de guantes, llego á esta mansion del esplin, paso bajo las baterias de las Frosts, las Slowes y las Prymmes; ¡y mi traidor me falta á su palabra! ¡Las seis y media y no parece! ¡Y esa comida en Putney, y ese pescado frito! Esperaré cinco minutos mas, y si dentro de cinco minutos no está aquí, rompo con él para siempre... ¡Ah! allí viene. Pero, ¿cómo le saludan todos y le hablan? ¿Habrá convidado tambien á esos á comer en Putney? ¿El pescado frito, tiene tambien encantos para ellos?

El individuo que hace este soliloquio, mira á un jóven mucho mas jóven que él, que atraviesa entre la multitud con paso rápido y ligero, pero que tiene que pararse á cada momento para cambiar una palabra de bienvenida ó un apretón de manos. Evidentemente tiene ya numerosos conocimientos, evidentemente es popular, está en buenas relaciones con el mundo. ¡Qué gracia se advierte en todos sus movimientos! ¡Qué alegría, qué buen humor en su sonrisa! ¡Poder del cielo, lady Wilhelmina se sonroja al devolverle su saludo! ¡Lady Frost le deja pasar sin lanzarle un epigrama! En los Slowes se nota cierta emocion, á lo menos en la parte femenina. Dirige á derecha é izquierda una rápida mirada, la luz parece radiar y resplandecer en sus ojos. Percebe al del soliloquio bajo un árbol, apresura el paso, sus labios se entreabren y dice medio riendo:

— No me repreneis, Vance; he llegado tarde, lo sé; pero yo no habia contado con las personas que me han detenido en el camino.

— ¡Pardiez! Ya lo he visto. Para un viajero que acaba de llegar á Lóndres no os faltan amigos.

— Amigos que he conocido en París, y que me encuentro á cada paso como agradables sorpresas. Pero no tengo aquí ningun amigo á quien pueda volver á ver con tanto placer y que me sea tan querido como Frank Vance.

— En mucho estimo ese honor, ¡oh Lionello el magnifico! Verdaderamente sois un *bon prince*. Las casas de Valois y de Médicis han demostrado siempre mucha benevolencia hácia los artistas. ¿Pero adónde me queréis llevar? ¿Me queréis volver hacer entrar en esa confusion? Muchas gracias. De cualquier multitud de gente, la mas insoportable para mí es la que lleva buenos vestidos. Contemplaré sin terror al monstruo de mil cabezas cuando tenga el aspecto salvaje y se vista desastradamente; pero cuando ese monstruo de mil cabezas compra sus sombreros en Bond-Street, y tiene un lente en cada uno de sus ojos indiscretos, me inspira miedo, os lo confieso. Por otra parte, son cerca de las siete. Putney no se ve y el pescado no está frito.

— Mi cabriolé nos espera allá abajo. Es necesario que vayamos á buscarlo. Podemos seguir por aquí y evitar la multitud. Pero decidme, Vance, con toda sinceridad, ¿es cierto que os repugna tanto mezclaros entre la multitud? ¿es cierto que con vuestra reputacion no podeis sufrir los ojos que se dirigen á vos para miraros, y los labios que murmuran respetuosamente á vuestro paso: « Ahí está Vance el pintor? » ¡Ah! bien os decia yo que seriais un gran pintor. ¿Qué vuelo habeis tomado en solo cinco años!

— ¡Bah! respondió Vance con indiferencia, nada de lo que se consume en Lóndres es oro puro, no hay una cosa que no esté adulterada, ni la crema, ni la pimienta de Cayena, nada absolutamente, ni la gloria. ¡La gloria! ¿Habeis leído la crítica del *Times* sobre mis cuadros en la exposicion de este año? ¡La gloria! ¡Bah, bah! Hablemos de otra cosa. No hay nada como

el pescado. ¡Hola! ¿Es este vuestro cabriolé? ¡Sobervio!

Los jóvenes ocuparon el vehículo, Lionel despidió al groom y dió un latigazo al caballo. El animal partió al trote.

Cuando el cabriolé salió del parque, y rodó en seguridad y rápidamente sobre el camino, el artista dijo:

— Supongo que durante los cinco años que habeis pasado en el extranjero para completar vuestra educación general, habeis estudiado poco, y nada absolutamente acaso, respecto al objeto especial de la profesión que habeis escogido recientemente.

— Os engañais, mi querido Vance. Cuando un hombre se aficiona apasionadamente á una cosa, siempre estudia. Nunca estaba mas contento que cuando en sociedad podía cuestionar sobre algun punto militar. En la conversacion se adquieren mas ideas que en los libros, al menos á mi así me sucede, y la idea que yo me he formado del soldado no es la de una simple máquina armada. La mayor parte de los grandes capitanes han sido hombres eminentes. ¡Qué conocedores del corazón humano, qué diplomáticos, qué razonadores, qué hombres de acción!...

— ¡Espacio! exclamó Vance. Vamos á tropezar con ese omnibus. Dadme el látigo. Un poco mas á la izquierda, bueno, así. Mucho me alegro de veros con tanto entusiasmo por vuestra profesión. ¿M. Darrel, consiente en la eleccion de carrera que habeis hecho?

— No solo consiente y lo aprueba, sino que me anima. Con ese motivo me escribió una carta magnífica. ¡Qué inteligencia tan notable la de ese hombre!

— Necesariamente, puesto que es de vuestra opinion. ¿Dónde está ahora?

— No sé. Hace algunos meses que no he recibido noticias suyas. La última vez que me escribió estaba en Malta, donde se habia detenido á su regreso del Asia Menor.

— ¿De modo que no le habeis visto desde que os despedisteis de él en su antigua mansion?

— Nunca. Creo que desde entonces no ha estado en Inglaterra.

— ¿Ni en Paris, donde segun parece habeis tenido vuestra principal residencia?

— Ni en Paris. ¡Ah! Vance, si yo pudiera darle algun consuelo. Ahora que tengo mas edad, creo comprender en él muchas de las cosas que atormentaban mi espíritu de niño cuando nos separamos. Darrel es uno de esos hombres que necesitan una familia. Entre este mundo inmenso y la soledad, le hace falta lo que sirve para hacer desaparecer el vacío intermedio que únicamente puede llenar la vida doméstica, una mujer para realizar ese dulce nombre de compañera, hijos en cuyo porvenir pueda asociar sus propios trabajos y los recuerdos de sus antepasados. Suprimid ese espacio intermedio, y ese mundo inmenso y la soledad quedaron en presencia uno de otro mirándose con ceñudo gesto.

— Mi querido Lionel; debeis haber vivido con personas si no de gran mérito, de mas edad que yo. Ese es un secreto que me ha enseñado el coronel Morley, á quien es necesario que os presente; vereis la inteligencia mas sutil oculta bajo las maneras mas apacibles. Un día me dijo:

« — Quereis estar toda vuestra vida á la altura de vuestro siglo? ¿Quereis conservar siempre la sávia de vuestra razon sin que se advierta nunca en ella demasiada crudeza, sin que se consuma nunca? Procurad tratar en vuestra juventud á personas de mas edad, y cuando seais viejo á personas mas jóvenes que vos. »

— Muy bien dicho. Os felicito por el resultado que ha producido en vos esa máxima. ¿De modo que Darrell no tiene goces domésticos, no tiene mujer ni hijos?

— Hace mucho tiempo que es viudo, su hijo único era muy niño cuando murió, y su hija... ¿No habeis oído hablar de ella nunca?

— No... ¿Qué fué de ella?

— Se casó muy mal, huyendo de la casa de su padre, y murió hace muchos años sin dejar sucesion.

— ¡Pobre hombre! ¡Esos disgustos emponzoñando su existencia le habrán obligado á ser un viajero errante ó un ermitaño!

— Eso es lo que me llena de inquietud, dijo Lionel; aun despues de la muerte de su hijo y el desdichado y extraño casamiento de su hija, continuó en el Parlamento y en la plena actividad de su carrera; pero no perseveró mucho tiempo en aquella vida. Acaso era superior á sus fuerzas aquel esfuerzo; tal vez sufrió algun nuevo desengaño, algun nuevo disgusto que el mundo no conoce, los sinsabores de familia de que os hablo los conocen todos; pero yo creo que se volverá á casar. Cuando nos separamos parecia esa idea tan fuertemente apoderada de su cabeza, que la expresó de un modo brusco, con aspereza. El coronel Morley está en la conviccion de que se casará solo por tener un heredero.

VANCE.

En ese caso, vos quedareis privado de...

LIONEL, interrumpiéndole con viveza.

¡Silencio! No digais, mi querido Vance, no digais vos esas vilezas que cubren de rubor mi rostro cuando las oigo en boca de los hombres. Cuando pienso en lo

que Darrell ha hecho ya por mí, por mí, á quien no tenia obligacion de favorecer, me parece que debo odiar al hombre que se acerque á mi oído para decirme:

« — Teme ver en el hogar de tu bienhechor una sonrisa, un niño de su misma sangre; porque á su muerte podrás ser tanto mas rico, cuanto mas triste haya sido su vida. »

VANCE.

Teneis un corazón generoso; perdonadme. Cuidado con ese guardacanton, gracias. Pero á mí me parece que las dos terceras partes de esas manos amigas que os detenian á cada momento cuando veniais á buscarme, estrechaban menos las de Lionel Houghton, subalterno de la guardia, que las del presunto heredero de M. Darrell.

LIONEL.

Ese pensamiento me entristece algunas veces, pero me hace bien porque aumenta mi deseo, de que los mas mundanos no desdénen conocerme por mí mismo. ¡Oh, cuánto anhelo un servicio activo, una ruda campaña! ¡Cuándo podré probar hasta qué punto un hombre enérgico puede detener á la fortuna! Vos habeis hecho eso, Vance; vos solo poseiais vuestro talento y vuestro pincel. Yo no tengo talento; pero tengo resolucion y la resolucion consigue acaso su objeto con mas seguridad que el talento. El talento y la resolucion tienen de comun tres elementos: la paciencia, la esperanza, la concentracion.

Vance, mas sorprendido cada vez, miraba á Lionel fijamente y sin hablar. Los cinco años de esa edad crítica que se extiende desde los diez y siete á los veinte y dos años transcurridos en la grande capital de Europa habian transformado á un niño que alimentaba nobles ilusiones en un hombre nacido para nobles empresas, conservando toda la frescura de la juventud con su entusiasmo, su elevacion de sentimientos, su audacia, su energia y su divina credulidad en sus propios inagotables recursos, pero tomando de la edad madura la firmeza y la solidez de las ideas, la facultad de pasar de la teoria á la práctica y poder imprimir en los demás el sentimiento de la superioridad que se desenvuelve en su interior sin que él mismo se aperciba de ello.

— Sí, dijo Vance despues de una prolongada pausa; yo no sé si tengo resolucion ó talento, pero el haber llegado á adquirir alguna reputacion lo debo á la paciencia, á la esperanza, á la reconcentraci6n de mis esfuerzos en un objeto honroso y tambien á la prudencia, esa virtud que habeis olvidado nombrar y de la cual no dais seguramente muchas pruebas conduciendo este carruaje. Espero, querido camarada, que no os habeis excedido en vuestros gastos, que no habeis contraído deudas. ¿Eh? ¿De qué os reis?

— Os reconozco en esa pregunta, Frank... Económico como siempre.

— ¿Creéis que tendria el espíritu bastante tranquilo para dedicarme á la pintura si tuviera á mi puerta á un acreedor importuno á quien no pudiera pagar? El arte requiere serenidad; cuando un artista empieza su carrera con tan pocos recursos como yo, necesita colocar la economia en el número de sus reglas de conducta.

Lionel se echó á reir de nuevo ó hizo sobre la economia algunas reflexiones bastante chistosas; pero que no solamente hicieron disminuir el juicio favorable de Vance acerca de sus progresos intelectuales, sino que inquietaron muy formalmente al amable artista. Vance conocia el mundo, conocia las tentaciones particulares á que está expuesto un joven en la posicion de Lionel, sabia que el desprecio á la economia pertenece á esa escuela de peripatéticos que reserva sus últimas lecciones para los discípulos que frecuentan los paseos sagrados del Banco de la Reina.

Pero el momento no era oportuno para advertencias didácticas.

— ¡Ya hemos llegado! exclamó Lionel. Putney-Bridge.

Los dos amigos entraron en la pequeña hosteria situada á la orilla del rio, y mientras preparaban la comida alquilaron un barco. Vance cogió los remos.

VANCE.

Este sitio no es tan hermoso como aquellas verdes y tranquilas orillas, en medio de las cuales se deslizaba nuestra barquilla á la luna hace cinco años.

LIONEL.

¡Ah! no. Y aquella inocente y encantadora niña á quien retratásteis, ¿no habeis oído hablar de ella despues?

VANCE.

No. ¿Cómo podia oír hablar de ella? ¿Y vos?

LIONEL.

Solo sé lo que Darrel me ha referido. Su abogado

ha adquirido la certidumbre de que ella y su abuelo han partido para América. Darrell me ha dado á entender además, que despues de lo que habia sabido de ellos, no merecian que yo me interesase en su suerte. ¿Nos engañariamos nosotros, Vance?

VANCE.

¡No, la niña!... ¿Cómo se llamaba? ¿Sukey?... ¿Sally?... Sofia... eso es, Sofia, tenia independientemente de su belleza cierta cosa que prevenia en su favor, á despecho de aquella horrible indiana, que nunca olvidaré.

LIONEL.

¡Su rostro! Yo tampoco. Aun me parece verla.

VANCE.

Hablaba de su vestido de indiana; pero yo tambien la veo como vos. No debo ser ingrato. ¿Creeréis que aquel retrato que me costó tres libras, ha asegurado, no digo mi fortuna, sino mi reputacion?

LIONEL.

¿Cómo? ¿Tuvisteis valor para venderlo?

VANCE.

No, lo conservo en mi estudio para mis cabezas de mujeres jóvenes, « con variaciones, » como dicen los músicos. Mis cabezas de mujer me han puesto de moda... Cada pedido que me hacen contiene esta condicion: « Pero ya sabeis, M. Vance, una de vuestras hechiceras cabezas de mujer. » Mis lienzos no pueden pasarse sin mis cabezas de mujer, así como los de Wouvermans no podian pasar sin un caballo blanco. Y esa niña que me ha costado tres libras es el original de todas ellas. Empezando por Titania, ha servido despues para Biquis, Beatrice de Cenci, Minna, el retrato de la hija de un nobleman, la joven espigadora, la hermosa sobrina en el *Comus* de Milton. He paseado á esa niña á través de toda la historia sagrada y profana. La he pintado en todos los trajes (excepto el vestido de indiana), mis cabezas de mujer son mi gloria. Hasta el crítico del *Times* lo confiesa. « *En este punto*, dice, M. Vance es inimitable, es un tipo de gracia infantil, peculiar suyo, etc., etc. » Yo os dejaré leer el artículo.

LIONEL.

¿Y no volveremos á ver ya en el original esa encantadora niña? Vos os reis, Vance, pero desde que la conocí mi corazón ha sido insensible á los encantos de todas las mujeres. ¡Si yo me llegara á casar alguna vez, mi mujer habia de tener los ojos de Sofia! ¡En América!

VANCE.

¡Tal vez se haya casado ya con un yankee! Los yankees se casan con muchachas de trece á veinte años y no piden dote. Si, estará casada con un yankee; indudablemente, con un yankee que mascarará tabaco, que gastará navaja y que tendrá un « almacén. »

LIONEL.

¡Monstruo! tened la lengua. A propósito de casamiento, ¿por qué estais aun soltero?

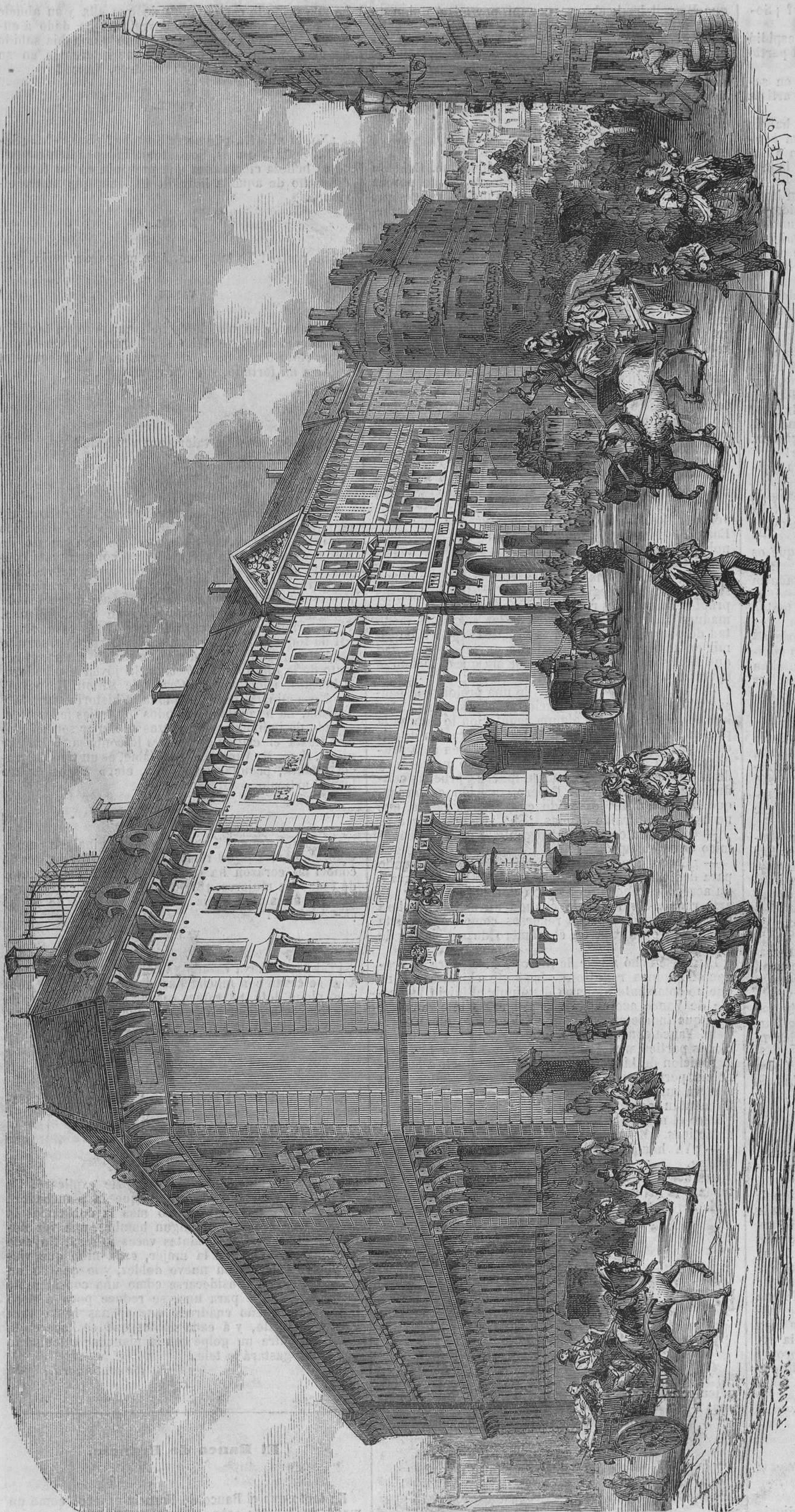
VANCE.

Porque no quiero ser doblado. Me explicaré. Un hombre es como una servilleta que la planchadora dobla por la mitad, y cuanto mas la dobla mas la aprieta con la plancha. Ningun hombre, una vez doblado, puede conocer cuántas veces lo será. No solo le dobla por la mitad la mujer, cada niño que viene vuelve á hacer un nuevo doblado, y lo que en un principio podia considerarse como una considerable fortuna, bastante para uno, se reduce poco á poco hasta un pequeño cuadrado que apenas basta para cubrir un plato, y á cada doblado que se hace en la servilleta sufre un golpe con la plancha; calculad lo que se desgastará la tela.

(Se continuará.)

El Banco de Francia.

En tanto que el Banco de Francia esparce como un maná de billetes sobre el país, está haciendo en su propio palacio una verdadera metamorfosis. La obra no es de ayer. Hace ya ocho años que el Banco prosi-



PARIS. — Nueva fachada del Banco de Francia.

que casi sin interrupción todo un conjunto de construcciones para obtener una reorganización general de todos sus servicios. Aun falta mucho para el coronamiento del edificio, faltan lo menos dos años.

De modo que el trabajo habrá sido largo. ¡Dos lustros! Una larga etapa y un gran negocio. Pero importa observar que la tarea se hace como por encanto. Con efecto, en medio de ese tumulto de obreros y de materiales, el Banco no ha interrumpido sus operaciones ordinarias. El movimiento de su existencia diaria, descuento, billetes, numerario, títulos, sucursales, ese flujo y reflujo de la circulación monetaria que va de París a los departamentos y que de los departamentos viene a París, todo ese movimiento perpétuo de la riqueza pública continúa recibiendo en el palacio del Banco su acostumbrado impulso. El Banco tiene en el interior dos construcciones, una provisional de tablas y otra de piedra que se edifica lentamente, lo que produce un aspecto pintoresco.

Hé aquí la fachada del pabellón que será en la nueva organización la entrada principal del monumento. Las antiguas puertas de la calle de la Vrillière y de la calle Radziwil quedarán reservadas para la dirección, los altos funcionarios y el personal del Banco; pero la entrada principal, la entrada pública, será la que representamos, y que da a la calle Coquillière en la calle Croix-des-Petits-Champs.

Este gran pabellón representa un vasto paralelogramo cortado con tres hileras de ventanas. Su sencillez de líneas y su crecido número de ventanas nos demuestran que el arquitecto ha pensado principalmente en la utilidad del monumento; el arte viene en segunda línea, y el Banco nos demuestra que no ha querido reservarle la suerte que reservaba Platon a la poesía.

La primera impresión que produce el imponente edificio, es que está destinado al trabajo en grande escala. Bajo este concepto, el arquitecto M. Cretin, que reconstruye en la actualidad los docks de la Villette, incendiados por la Commune, ha debido ser muy hábil para poder acomodar en el angosto espacio de los terrenos del Banco tantos servicios y tantas dependencias. Sin entrar en detalles, se concibe que las necesidades de ese gran establecimiento son inmensas.

En una placa de mármol puesta sobre la portada se lee: *Banque de France*.

No hay mucho que decir de los ornatos. La entrada del pabellón tiene un frontón que da un aspecto monumental al edificio. Las dos figuras simbólicas que representan Minerva y la Fortuna, son de M. Carrier Belleuze.

Tenemos aquí la traducción de la máxima popular que Franklin expresa de este modo:

« Solo el trabajo y la economía conducen a la fortuna: si otros consejeros os hablan de otros medios, consideradles como charlatanes. »

En el primer piso del pabellón central hay un gran balcón cuyo efecto se armoniza con el frontón del edificio.

Debajo dos medallones a guisa de cariátides ofrecen otras dos figuras, que son el Comercio y la Vigilancia. Estas dos palabras que se completan una con otra, resumen toda la filosofía del establecimiento.

H. C.